

Sumario

2 - Editorial

Vida espiritual

4 A todas las Hijas de la Caridad, Casa Madre, 1º enero 2006
Padre Grégory Gay, Superior general

9 Carta del 1º de enero de 2006
Madre Évelyne Franc, Superiora general

13 Carta del 2 de Febrero de 2006
Madre Évelyne Franc, Superiora general

19 Cuaresma 2006
Padre Grégory Gay, Superior general

23 7ª ficha: «La Formación»
Padre Javier Álvarez, Director general

41 Ayuda para el retiro mensual
Padre Javier Álvarez, Director general

Desafíos actuales

45 Pobreza e inmigración

46 San Vicente y más allá... el servicio a los pobres, hoy
Sor Julma Neo, Consejera general

La actualidad en las Provincias

Testimonio de las Hermanas

- 56 Provincia de Gijón: El Premio “Príncipe de Asturias”
Sor Asunción García, Hija de la Caridad
- 62 Provincia de Madagascar: el ‘agua’ de la reconciliación
Sor Marie-Madeleine Fazafiarisoa, Hija de la Caridad
- 65 Provincia de Nigeria: La nueva misión de Binde, (Ghana)
Sœur Bernardine Pemii, Hija de la Caridad
- 67 Provincia de Barcelona: ¡Una Navidad diferente!
La Comunidad de Tortosa

Palabra de los Pobres

- 69 Provincia Francia-Sur: “*Al oír esto, Jesús se quedó admirado*” (Lc 7, 9)
Sor Vincent, Hija de la Caridad

Noticias Breves

- 71 Encuentro interprovincial (Prov. Eslavas)
Agradecimiento del Servicio de los Archivos (Casa Madre)

Historia de la Compañía

Especial bicentenario del nacimiento de Catalina Labouré

- 72 Santa Catalina, la pasión por Dios y por los pobres
I - La vida en Fain-les-Moutiers
Sor Anne Prévost, Hija de la Caridad

Editorial

¡Tres aniversarios que no forman más que uno!

Este título se aplica a los años 2004, 2005, 2006. Con la Virgen María y “*como Ella, que conservaba todas estas cosas en su corazón*”, hagamos una relectura, entre otras, de los acontecimientos pasados y presentes, que pueden nutrir nuestro hoy de Hijas de la Caridad.

Año 2004: 150° aniversario de la promulgación por la Iglesia del dogma de la Inmaculada Concepción

Imposible dar cuenta de la grandeza de este misterio que alimenta nuestra oración e ilumina nuestros compromisos. El Eco de noviembre-diciembre de 2004, quiso ilustrar, de manera particular, cómo María es aquella en quien Dios puede darse totalmente, Ella que es la concepción inmaculada de nuestro Dios. Esta verdad de fe es más para contemplar que para explicar; es también un recuerdo del proyecto de Dios sobre nosotros y una invitación a vivir según su Amor. Al celebrar solemnemente la fiesta del 8 de diciembre de 2004, oímos de nuevo, con más fuerza, la llamada a ser “*santos e irreprochables ante Él por el amor*”, como lo explica san Pablo en su carta a los Efesios. (Ef. 1,4)

Ese año del 150° aniversario de la proclamación de este dogma, las Constituciones y Estatutos renovados entraron en vigor. Como los doce apóstoles reunidos en el Cenáculo con María para continuar la misión de Cristo, el 29 de noviembre de 1633, unas buenas campesinas se reunían en torno a santa Luisa para inflamar, a su vez, con el fuego de la caridad, el mundo de los pobres, “*tomando a María en su casa*” como única Madre. El 29 de noviembre de 2004, todas las Hijas de la Caridad del mundo entero, se comprometían, junto a María Inmaculada, a vivir las nuevas Constituciones actualizadas para nuestro tiempo.

Año 2005: 175° aniversario de las apariciones de la calle del Bac

No medimos bastante la repercusión del mensaje de la Medalla en la proclamación y definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1854, en San Pedro de Roma. Podríamos decir que el 27 de noviembre de 1830 María intervino en persona, para hacer que la Iglesia promulgara solemnemente su Concepción Inmaculada como una verdad de fe.

Durante el año 2005, preparamos nuestros corazones para celebrar el 175° aniversario haciendo resonar varias pistas de reflexión sobre el Mensaje de las apariciones. El 27 de noviembre de 2005, juntas, dimos gracias al Señor por estos 175 años de suplicas a “*María sin pecado concebida*” y por estos 175 años de oraciones de agradecimiento por las innumerables gracias recibidas.

Año 2006: Bicentenario del nacimiento de santa Catalina Labouré

Este año 2006, nos permite volver a lo esencial del Mensaje de las apariciones, transmitido y, sobre todo vivido, por Sor Catalina. Ella “*no sabía nada*” según sus propias palabras y de ese “nada”, Dios ha hecho cosas grandes. Confidente de la Inmaculada, es también una humilde sierva de los pobres, a ejemplo de san Vicente y santa Luisa.

La coincidencia de la sucesión de estos tres años, ¿no es una llamada de la Inmaculada a mirar al testigo que ella escogió, para descubrir, a través de la vida de Catalina, un camino de santidad, el camino de una Hija de la Caridad? Como dice el Padre Laurentin: “*Las apariciones y la Medalla, tan pronto llamada “milagrosa” hicieron olvidar la santidad misma de Catalina... Para Catalina, como para Bernadette Soubirous, las apariciones no fueron un punto de partida, ni un golpe de varita mágica, sino la incandescencia momentánea de una santidad ya formada en profundidad desde la infancia. Si accede al Tabor, es para volver a bajar después y encontrar la Cruz*”.

En su carta del 1° enero de 2006, Madre Évelyne escribe: “*Santa Catalina supo realizar la unidad entre su vida de oración, marcada por una devoción mariana excepcional, y su vida de comunidad fraterna para la misión, es decir el servicio a Cristo en los pobres. Deseo que el 200° aniversario de su nacimiento nos dé la oportunidad de profundizar su herencia para hoy*”.

A lo largo de este año, nos esforzaremos por entrar en la dinámica de vida de Catalina, animada por el Espíritu de Dios. Santa Catalina, que supo ser inventiva en el marco de su vida ordinaria para hacer frente a las nuevas necesidades, puede ayudarnos a vivir, cada vez más, en coherencia con el camino de amor trazado por nuestras Constituciones y Estatutos.

Este año, la revista abre, también, una nueva sección referente al tema de la inmigración, con el fin de reflexionar en esta realidad, tomada ya en cuenta desde hace tiempo, por numerosas Provincias. Sin embargo, hoy, este fenómeno del desplazamiento de poblaciones es un fenómeno global que afecta a nuestro mundo y suscita nuevas pobreza, lo que interpela a la Compañía en su realidad internacional. Las conferencias y

los testimonios se tomarán del ‘Encuentro de Hermanas al servicio de los emigrantes’, que tuvo lugar en la Casa Madre en septiembre de 2005.

A las Hijas de la Caridad

Casa Madre, París, 1 de enero de 2006

Vida espiritual

En el transcurso de un año, el Señor nos habla de diferentes modos. En realidad, tiene alguna cosa que decirnos cada día. Sin embargo, a causa de nuestra lentitud para abrir nuestros corazones a la presencia de Dios en nuestras vidas, no llegamos a percibir más que en ciertos momentos que Él nos habla claramente y nos muestra su amor. En este comienzo del año 2006, yo quisiera compartir con ustedes, queridas Hermanas, cinco momentos importantes en los que Dios me ha hablado, ha hablado a la Iglesia, al mundo y, de manera especial, a todas ustedes en este año 2005 que acaba de terminar.

Antes que nada, el acontecimiento más importante de mi vida, ha sido, este año, la muerte de mi madre. Las dos semanas que pasé con ella antes de su muerte, causaron un impacto significativo en mi vida, como persona y como sacerdote. El día que llegué de Roma para estar con ella, era un martes santo; acababa de salir del hospital y la habían ingresado en un centro de cuidados. Mi madre sabía perfectamente que se encontraba en los últimos momentos de su vida.

Quisiera principalmente hablar del primer día que pasé entero con ella. Yo rezaba el rosario y observaba a mi madre mientras dormía. Me salieron las lágrimas y comencé a llorar. Se despertó y me dijo: “¿Qué te pasa?”. Entonces pedí a Dios la gracia de hablar desde lo más profundo de mi corazón en aquel momento tan doloroso. Y dije a mi madre: “Como sacerdote, a menudo debo hablar a las personas que viven los últimos momentos de su vida. He aprendido a escucharles y a transmitirles el consuelo y el amor de Dios. Ha llegado el momento en que, como sacerdote y como hijo, he de hacer frente a este momento en la vida de una persona a la que quiero profundamente”. Mientras yo lloraba, mi madre me cogió contra ella y me estrechó entre sus brazos, susurrando: “Tranquilo. Me encuentro bien. Estoy preparada para ir a la casa de Dios”.

El momento más doloroso fue el día en que tuve que regresar a Roma. Los dos sabíamos que ya no nos volveríamos a ver, al menos en esta vida. Nos abrazamos muy fuerte, mientras que le agradecía el regalo de la vida y el amor que me había dado. Seguiré agradeciendo a Dios por haberme concedido la gracia de expresar desde lo más profundo de mi corazón todo lo que sentía por mi madre, aunque debo admitir que era difícil y que tenía miedo de hacerlo.

Doy también gracias a Dios por haberme dado el valor de dejarla partir, la gracia de poder pensar en ella, especialmente en su sufrimiento y de alentarla a ir hacia el Padre. Nos ocurre a veces, que somos muy posesivos y egoístas en nuestra forma de amar. Dios nos invita continua y suavemente a amar más profundamente, siendo desinteresados en nuestro amor y pensando en primer lugar en los demás.

Pido a Dios que nos ayude a todos a amar, especialmente a los pobres, a amarles por ellos mismos y no para nosotros mismos. Tengo en mi habitación una cita: “Señor, quiero amar a los pobres y quiero amarlos por ellos mismos y no para mí”.

El segundo acontecimiento que desearía compartir con ustedes, y que creo es significativo para nuestro mundo, es la muerte de Juan Pablo II. Cuando estaba en casa con mamá, justo después de la muerte de Juan Pablo, muchos comentaristas hablaban de él como un hombre “extraordinario”. Después de haber oído esto muchas veces, mi Madre me miró y me preguntó: “¿Qué piensas de lo que dicen que el Papa es un hombre “extraordinario”? En el fondo yo sabía lo que ella quería decir y hablamos con toda sencillez. Yo le dije: “A veces, es el problema del mundo en el que vivimos hoy. Hacemos de las personas ordinarias, personas tan extraordinarias que es imposible imitarlas”.

El Papa Juan Pablo era un hombre normal. Ciertamente nos acordaremos de él por sus escritos sobre la libertad, la paz y la justicia social. Pero lo recordaremos sobre todo como Papa del pueblo, del hombre que supo ir al encuentro del mundo, estar cercano a las gentes. Cambió el rostro de la Iglesia jerárquica, presentándose como una persona accesible, no por encima de las demás sino en medio de ellas, con un profundo respeto por toda persona humana. Lo recordó incluso después de que un hombre intentara quitarle la vida cuando se encontraba en medio de la multitud. Su respuesta fue única, como lo sabemos todos, la del perdón. Nunca dejó las multitudes. Incluso en los momentos más difíciles, cuando luchaba al final de su vida, siguió siendo “el Papa del pueblo”.

Como personas, como Familia vicenciana, podemos aprender mucho del Papa Juan Pablo II. Estamos llamados a ser personas normales, no por encima de los demás, sino entre ellos, sobre todo los pobres, con respeto hacia todos los hijos de Dios. Cuando contemplamos a los santos y a los beatos de nuestra Familia vicenciana, comprendemos que todos somos personas ordinarias. Mantengamos este estilo con el fin de poder imitarles, siendo fieles, a ejemplo de Jesucristo, en el servicio y la evangelización de los pobres.

El tercer acontecimiento significativo fue la elección de su sucesor. Al principio de su pontificado, el Papa Benedicto XVI mostró que era él mismo, sencillo y delicado. No intenta ser otro Juan Pablo II. Parece comprender sus propias limitaciones debidas a su salud y edad. Vive en el interior de estas limitaciones. La ocasión en que he estado más cerca de él fue en las Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia. Se presentó como una persona muy compasiva, que sabe lo que quiere decir y consciente de lo que es. Que podamos todos ser así en cada momento de nuestra vida, en este nuevo año 2006, incluso cuando tenemos ciertas responsabilidades. Una de las lecciones que he aprendido, con la elección de nuestro nuevo Papa, es la verdad de que el Espíritu Santo continúa presente en la Iglesia para guiarnos, realizando para nosotros, a los que han sido llamados a dirigir, con el fin de que seamos más creyentes como miembros del Cuerpo de Cristo.

Podemos aprender mucho del Papa Benedicto: cómo vivir en el interior de nuestras limitaciones, cómo actuar a partir de estas mismas limitaciones, cómo depender de los demás y ser compasivos, cómo ser nosotros mismos, sencillamente, sin miedo a lo que los otros puedan pensar y sin preocuparnos por satisfacer las expectativas de los demás.

El cuarto acontecimiento importante, esta vez para todas ustedes, Hijas de la Caridad, es el estudio de sus nuevas Constituciones. Después de haber comenzado el estudio, el desafío consiste ahora en interiorizarlas, en profundizar la comprensión de su mensaje, no sólo lo que dice de ustedes sino también los retos; no sólo aquello a lo que ustedes pueden responder “amén” sino también aquello de lo que dudan. Que éste sea su desafío para este año 2006.

Permítanme señalar algunas formas de hacer concretos estos retos. Oren constantemente, queridas hermanas; háganlo no sólo por los pobres sino con los pobres. En sus comunidades locales, vivan bien el regalo del voto de obediencia, compartiendo abiertamente con las demás el proceso del discernimiento de la voluntad de Dios sobre todas ustedes. Continúen sirviendo a los pobres de manera infatigable y háganlo no en

función de lo que les conviene a ustedes, sino según lo que les conviene a ellos. El testimonio de su oración, de su vida comunitaria y de su celo apostólico atraerá vocaciones. Estoy convencido.

El quinto acontecimiento importante del año 2005 para ustedes, Hijas de la Caridad, ha sido el reconocimiento y el gran honor que toda la Compañía de las Hijas de la Caridad ha recibido gracias al Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Gloria a Dios por las maravillas que Él ha hecho a través de las Hijas de la Caridad del mundo entero, hasta el punto de que el don de sí en el servicio a los pobres y su amor hacia ellos han sido proclamados a escala internacional. Las Hermanas del mundo entero, en sus felicitaciones de Navidad, han mencionado que el Premio no es sólo un gran honor sino que representa también un gran reto para toda la Compañía de las Hijas de la Caridad, una invitación a vivir más profundamente lo que somos.

Es un reto a inculturar continuamente el carisma, en un mundo caracterizado por su laicismo, su rechazo de los valores religiosos, su indiferencia respecto a las cuestiones de religión, de fe en Dios. El desafío que tienen delante es discernir cómo podemos ayudar al mundo, como Sociedad de Vida Apostólica en la Iglesia, a reconocer las semillas de la Palabra presente en cada actividad humana que trabaja en favor de la justicia y de la paz para todos.

Otro desafío que descubro es determinar cómo seguir viviendo su misión de servicio a los pobres. Hoy, muchas comunidades, religiosas y laicas, tienen un gran compromiso en favor de los pobres. Ésta es posiblemente la razón por la que ha habido una disminución del número de jóvenes que buscan a Dios en el servicio a los pobres en la Compañía de las Hijas de la Caridad, sobre todo en los países ricos. No es porque la gente esté menos interesada en ayudar a sus hermanos y hermanas en situación de necesidad. Muy al contrario, hoy, cada vez más jóvenes, religiosos o laicos, se interesan por los que están en situación de necesidad. Pero ¿en qué somos “únicos”? No se trata de entrar en competición con otros que sirven a los pobres. Pero ¿qué es lo que hace que seamos “únicas”? Deberían glorificar a Dios y animarse mutuamente, como dicen las Constituciones, trabajando principalmente para aliviar las situaciones injustas y las dificultades de los pobres.

¿Qué han de hacer ante este desafío? Pienso que deben seguir teniendo confianza en lo que son. Por un lado, deben ser fieles a sus tradiciones particulares; pero, por otra parte, deben saber inculturarlas de tal modo que puedan ayudar a otros, sobre todo a los pobres, a conocer el amor de Dios por ellos. Su experiencia les ayudará a amar a Dios queriéndoles a ellos. Al estar cercanas a los pobres, están más cerca de Dios. San

Vicente nos recuerda que la verdadera religión, esta experiencia o este encuentro con el Dios vivo, se encuentra entre los pobres. (cf. SV XI, 120).

Espero que estos cinco puntos (la muerte de mi Madre, la muerte del Papa Juan Pablo II, la elección del Papa Benedicto XVI, el estudio de las Constituciones y el hecho de haber recibido el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia) les ayudarán en cierta medida a esforzarse por ser fieles al Señor durante el año 2006.

Queridas Hermanas, aprovechen el momento. Sean creativas en la vivencia de su carisma. Vayan más allá de los miedos. Sean ustedes mismas y no otra persona. Caminen muy cerca de los pobres. Respételos. Digan Sí a Dios, no sólo cuando habla suavemente a su corazón y sus palabras les parecen reconfortantes, digan Sí a Dios, incluso cuando estimula (desafía) su corazón. Sean hermanas, la una para la otra en la comunidad, con el fin de poder ver mejor y discernir la voluntad de Dios. Busquen sin cesar nuevas formas de vivir el carisma, teniendo siempre presente la responsabilidad de elevar para la gloria de Dios a sus predilectos, los pobres.

Que Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, de la que hemos celebrado el 175° aniversario de las apariciones a Santa Catalina Labouré el pasado 27 de noviembre, interceda por ustedes para que Su Hijo Jesucristo, las colme de sus gracias abundantes.

Padre G. Grégory GAY, cm.
Superior general

Carta del 1 de Enero de 2006

Queridas Hermanas:

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotras.

« *Que la justicia haga florecer al mismo tiempo todos sus renuevos* » (cf. Isaías 45, 8). Esta breve frase del profeta Isaías, que escuchamos en la Eucaristía del miércoles de la tercera semana de Adviento, ha estado desde entonces presente en mi oración y quiero proponerla hoy a su reflexión para ilustrar mi felicitación cordial y mis deseos de un feliz y santo año 2006.

Antes de exponer mis deseos para la Compañía y para cada una de ustedes, quiero agradecerles toda la correspondencia que he recibido desde principios de diciembre. De todas las comunidades locales prácticamente, me han llegado mensajes que describen sus servicios a Cristo en los pobres, ya sean directos o indirectos o a través del apostolado de la oración. Todas sus cartas ponen de relieve también el interés que están poniendo en el estudio de las Constituciones y describen las alegrías y los desafíos de su vida en comunidad.

Les agradezco mucho estas comunicaciones que me ayudan a comprender las realidades que viven y que con frecuencia me traen el buen recuerdo de las visitas efectuadas en uno u otro lugar. Son también un testimonio de su “pasión por Jesucristo que las impulsa a ir hacia los Pobres con audacia, compasión, creatividad”, de su deseo de aprovechar el tiempo de gracia que se nos ofrece y, por último, de su amor a la Compañía, de su interés por lo que se vive en cada Provincia.

Vuelvo ahora a la breve frase de Isaías que citaba al principio de esta carta. «*Que la justicia haga florecer al mismo tiempo todos sus renuevos*». Esta frase me llamó la atención porque a mi parecer evoca la gran Esperanza del Reino, de los tiempos nuevos, cuando la humanidad viva plenamente del espíritu de las Bienaventuranzas. Esta

profecía es lo mejor que podemos desear a nuestro mundo en este principio del siglo XXI y que igualmente podemos desearnos las unas a las otras. Se trata de desear a los hombres y mujeres de hoy que reconozcan al Amor venido al mundo; y, por lo que a nosotras se refiere, de vivir con más intensidad nuestro servicio a Cristo en los pobres, nuestra misión vicenciana de promoción de nuestros hermanos y hermanas más necesitados, explotados, despreciados. Esta *justicia que haga florecer al mismo tiempo todos sus renuevos* no es, ya lo sabemos, el fruto del progreso científico, de la tecnología o de la declaración de los Derechos humanos... Es el Espíritu del Señor que actúa en el corazón del hombre. ¿Han visto ustedes abrirse los renuevos, florecer, todos al mismo tiempo? Sólo el Espíritu del Señor puede suscitar tal prodigio.

El mensaje del Santo Padre para la celebración del día mundial de la Paz nos recuerda que la justicia es una de las condiciones para la paz. El Papa Benedicto XVI describe la paz « como convivencia de todos los ciudadanos en una sociedad gobernada por la justicia, en la cual se realiza en lo posible, además, el bien para cada uno de ellos » n ° 6.

El reciente Compendio de la doctrina social de la Iglesia recapitula toda una enseñanza vigorosa orientada hacia la búsqueda de un desarrollo humano integral y solidario. El índice analítico presenta en la palabra justicia numerosas referencias apasionantes que hablan a nuestro corazón de Hijas de la Caridad. En efecto, nuestro servicio a Cristo en los Pobres nos ofrece muchas ocasiones de trabajar, a veces de luchar, con valentía, por la justicia, de modo que un pequeño renuevo pueda florecer. Releamos por ejemplo la posdata que escribía santa Luisa a san Vicente el 11 de julio de 1652: « *Nuestra Hermana que está con los Galeotes vino ayer a verme deshecha en lágrimas porque no puede conseguir pan para sus pobres hombres, por lo mucho que se debe al panadero, por un lado, y por la carestía del pan, por otro. Pide prestado y mendiga por todas partes para ello, con mucho trabajo y sufrimiento, y para colmo de sus penas, la señora Duquesa de Aiguillon quiere que le haga una lista o memoria de los que a ella le parece pueden ser puestos en libertad* ». Más cercano para nosotras, el texto de la Constitución 24e es también sumamente claro sobre el empeño que hemos de poner para conseguir un mundo más justo: « *Respetando las situaciones particulares, asumen la causa de los pobres y colaboran con los que defienden sus derechos, siguiendo las orientaciones de la Iglesia. Se comprometen a trabajar en el plano social para cambiar las estructuras injustas que engendran la pobreza* ».

Con ocasión de las violencias urbanas que incendiaron los barrios marginales de varias ciudades de Francia a finales del mes de octubre, los Obispos condenaron, por supuesto, la violencia y las destrucciones inadmisibles, pero pusieron de relieve la

relación entre estos gritos «de los heridos de la vida» y la aspiración a una mayor justicia y a una igualdad de oportunidades para las personas procedentes de la inmigración. También agradecieron a las comunidades que comparten la vida de estos barrios que sufren y a las escuelas que acogen a jóvenes en situación de dificultad. El encuentro en la Casa Madre de las Hermanas al servicio de emigrantes, en el mes de septiembre pasado, dio lugar a excelentes intercambios sobre este mismo tema, que fue estudiado en profundidad y en su dimensión internacional. Dentro de unos días recibirán ustedes el documento redactado por las participantes en este encuentro, que propone posibles pistas de acción y reflexión a nivel provincial. Hay que citar otra acción positiva que hemos emprendido en favor de la justicia social. Se trata de todos los proyectos que han enviado ustedes al I.P.S. (Servicio Internacional de Proyectos) en favor de la promoción de los pobres. Desde septiembre de 2004, más de 112 proyectos han sido presentados por 34 provincias y 70 de ellos han podido ser financiados.

Una mirada vicenciana dirigida al año 2005 nos permite, pues, dar gracias a Dios por todas las ocasiones que se nos han dado de servir a los pobres, de orar por ellos y en su nombre, según la bella tradición inaugurada por Margarita Naseau incluso antes de 1633. Alabemos al Señor por las numerosas acciones emprendidas en favor de las víctimas del tsunami en la India del Sur, en Tailandia e Indonesia y de otras catástrofes que han afectado a la Luisiana, América central, el Caribe, América del sur, Cachemira y por las ayudas aportadas a las personas víctimas de la violencia y del egoísmo en todos los continentes. El Premio de la Concordia 2005, otorgado a la Compañía por la Fundación Príncipe de Asturias, pone de relieve más en general la «excepcional labor social y humanitaria en apoyo de los desfavorecidos, desarrollada de una manera ejemplar durante cerca de cuatro siglos, y su promoción, en todo el mundo, de los valores de la justicia, la paz y la solidaridad». Por esto también, demos gloria a Dios, démosle gracias por habernos llamado como a nuestras primeras Hermanas y... ¡vayamos avanzando!

Una mirada vicenciana también al año que comienza me lleva a confiarles a ustedes algunas intenciones de oración. Vamos a tener varios encuentros en la Casa Madre: el de los representantes de la Familia vicenciana en enero; en abril, el de los Directores provinciales recientemente nombrados, y el de Visitadoras en mayo. Habrá también encuentros de formación, el cursillo vicenciano habitual y otro reservado a las Hermanas de Asia. Pidamos juntas para que todas estas reuniones contribuyan a un mejor servicio a Cristo en los pobres.

En 2006, celebraremos el bicentenario del nacimiento de santa Catherine Labouré. Ella supo realizar la unidad entre su vida de oración, marcada por una devoción

mariana excepcional, y su vida de comunidad fraterna para la misión, es decir el servicio a Cristo en los pobres. Deseo que el 200º aniversario de su nacimiento nos dé la oportunidad de profundizar su herencia para hoy.

A María, Madre de la Iglesia y Madre de la Compañía, confío este nuevo año. Que Ella nos enseñe a vivir bajo la mirada de Dios, atentas a su voluntad, para ser siervas valientes.

¡Feliz y santo Año 2006!

Con todo afecto,

SOR ÉVELYNE FRANC
Hija de la Caridad

MADRE E. FRANC, SUPERIORA GENERAL

Carta del 2 de febrero de 2006

Queridas Hermanas:

En esta fiesta del 2 de febrero, día de la vida consagrada, estoy muy unida a ustedes por el pensamiento y la oración. Junto con todas, doy gracias al Señor por habernos llamado a seguirle en la Compañía de las Hijas de la Caridad. Esta mañana he tenido la alegría de presentar al Padre Gregory nuestra petición de Renovación. Las he tenido a todas muy presentes en este gesto de fe, que he vivido como vivieron ustedes el suyo, lo sé, con *"una actitud de pobreza interior que dispone a la acogida del Espíritu"*, por utilizar la bella expresión de la C. 36 b. Sentía cerca a las Hermanas jóvenes y a las Hermanas del Seminario que nos acompañan con sus oraciones y a todas ustedes que han pedido la Renovación por primera, décima, sexagésima vez o más.

He manifestado al Padre Gregory nuestra alegría de pertenecer a la Compañía y nuestro deseo de fidelidad al "totalmente entregadas a Dios en comunidad para el servicio a Cristo en los pobres", que queremos ratificar mediante nuestros votos de servicio a los pobres, castidad, pobreza y obediencia. He evocado también nuestras faltas de coherencia en la vivencia de nuestros votos.

Nuestro Superior general nos concede la gracia de la Renovación para el próximo 25 de marzo, fiesta de la Anunciación. Le he expresado nuestra gratitud, y a ustedes las invito pues a preparar con la Virgen María, nuestra próxima Renovación, con alegría y fervor. Al final de la tarde, gracias a las Hermanas de la Casa Maria Immacolata que me habían procurado una entrada, he podido participar en la Celebración eucarística presidida por el Papa Benedicto XVI en San Pedro. La basílica estaba llena de miles de monjes, religiosas de vida monástica, religiosos, religiosas y otros consagrados. El Papa ha subrayado en su homilía que todos éramos "un signo elocuente de la presencia del Reino de Dios para el mundo de hoy... centinelas que vislumbran y anuncian la nueva vida ya presente en la historia." He hecho nuestra la oración-colecta de la celebración eucarística pidiendo por nuestra Renovación ya cercana : "Dios todopoderoso y eterno, te rogamos humildemente que, así como tu Hijo unigénito, revestido de nuestra

humanidad, ha sido presentado hoy en el templo, nos concedas de igual modo, a nosotros la gracia de ser presentados delante de Ti con el alma limpia".

Como los dos años anteriores, les propongo algunos breves comentarios sobre una línea de acción, esta vez, la relativa a la formación. Estos comentarios serán muy generales y tienen sólo como objetivo agudizar su reflexión en la perspectiva de la Renovación. En efecto, el tema de la formación es muy amplio. Hay numerosos documentos de la Iglesia que están dedicados a ella; en la Compañía, disponemos igualmente de bases sólidas, principalmente las Constituciones y Estatutos, la Instrucción sobre los Votos y la Guía para la Formación Inicial. Por último, tienen en sus provincias un Proyecto provincial, un Plan de formación y un Proyecto comunitario que precisan las modalidades concretas.

En mis visitas a las Provincias, observo el gran esfuerzo que se está realizando por la formación a todos los niveles y doy gracias al Señor por ello. Les propongo, como preparación al 25 de marzo próximo, que reflexionen sobre un aspecto particular, el de la formación comprendida como una actitud del corazón, una disposición a vivir más bajo el impulso del Espíritu, según nuestra herencia vicenciana.

Voy a utilizar la Constitución 49, la primera en el capítulo de la Formación, como hilo conductor de esta reflexión: *"Según dice la Sagrada Escritura, cuando Dios escoge a alguien para una vocación particular, Él mismo se compromete a señalarle el camino. Poco a poco, a la luz del Espíritu, la senda se perfila. La Compañía concede una gran importancia a la formación inicial así como a la formación continua para fortalecer las motivaciones y el dinamismo de la vocación, ofrecer a los pobres un servicio de calidad y conocer y discernir los signos de los tiempos. La formación tiene como finalidad ayudar a vivir la vocación como una configuración progresiva con Cristo, en una fidelidad renovada al Espíritu y al fin de la Compañía."*

POCO A POCO, A LA LUZ DEL ESPÍRITU, LA SENDA SE PERFILA

Esta expresión evoca los grandes relatos de vocación y relatos también de un ponerse en camino a la luz del Espíritu; pensemos en Abrahán, Moisés, san Pablo o santa Catalina Labouré, pero se verifica también en la vida de cada una de nosotras. En el nº 69 de la Exhortación apostólica post-sinodal 'Vita Consecrata', leemos a propósito de la formación: *"Ninguna fase de la vida puede ser considerada tan segura y fervorosa como para excluir toda oportunidad de ser asistida y poder de este modo tener mayores garantías de perseverancia en la fidelidad, ni existe edad alguna en la que se pueda dar por concluida la completa madurez de la persona."* Y en el nº 70: *"Hay una juventud de*

espíritu que permanece en el tiempo y que tiene que ver con el hecho de que el individuo busca y encuentra en cada ciclo vital un cometido diverso que realizar, un modo específico de ser, de servir y de amar."

La formación, ya lo sabemos, es necesaria para cada una de nosotras. Si la consideramos como un medio para crecer en fidelidad, ¿quién de nosotras se atrevería a decir que puede dispensarse de ella?

Desde este punto de vista, expresa la actitud del corazón que desea responder desde la fidelidad a los ecos de la primera llamada que resuenan en cada instante de la vida cotidiana. El primer párrafo de la línea de acción sobre la formación puede indicarnos una pista a seguir: *"Hagamos nuestras las Constituciones y los Estatutos renovados."*

En la Constitución 28, está muy claro que pronunciamos nuestros votos "según las Constituciones y Estatutos." La lectura de este libro a la luz del Espíritu iluminará nuestra ruta, nos movilizará, nos pedirá respuestas, nos arrancará a veces de nuestra comodidad espiritual. Nos permitirá oír al Señor que nos llama a profundizar nuestro don total en la práctica de uno u otro voto, *nos hará libres para amar* más, para ir más lejos.

- Nuestra castidad, por ejemplo, ¿la vivimos como una *"entrega incondicional y una total disponibilidad al servicio de los pobres?"* (cf. C. 29).

- ¿Nuestra práctica de la pobreza va acompañada de una revisión del uso que hacemos de los bienes y de los recursos de la tierra, de nuestro estilo de vida en referencia a aquéllos a quienes servimos? (cf. Estatuto 16 a).

- ¿Vivimos la obediencia haciendo referencia a la actitud de Cristo, el Servidor fiel al designio de su Padre? (cf. C. 31 a).

Lo que el Señor espera de nosotras en la Renovación de 2006 se perfilará gracias a una atenta escucha del Espíritu, escucha que es esencial para profundizar lo que aportan los encuentros de formación propiamente dichos.

OFRECER UN SERVICIO DE CALIDAD A LOS POBRES, CONOCER Y DISCERNIR LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS.

Comparemos esta frase de la Constitución 49, que se aplica a nuestro voto específico de servicio a los pobres, con el tercer párrafo de la línea de acción sobre la formación: *"Desarrollemos la capacidad de discernimiento en todas las etapas de la vida."*

Los pobres tienen derecho a lo mejor de nosotras mismas, tienen derecho a nuestro corazón y, a este respecto, les remito a una frase del Papa Benedicto XVI, que se aplica con mayor razón a las Hijas del Caridad: *"El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un 'corazón que ve'. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia."* (Deus Caritas est, 31 b). Los pobres, nuestros hermanos y hermanas machacados por la miseria, la violencia, ya sea familiar, social o política, explotados, despreciados en sus derechos fundamentales, tienen necesidad también de un servicio de calidad. La formación profesional, en el sentido estricto de este término, es sin duda indispensable para nosotras mismas y para las personas que colaboran con nosotras, es una cuestión de justicia. La tradición vicenciana nos ha inculcado también la preocupación por *la promoción de la persona en todas las dimensiones de su ser*; nos anima a *asumir la causa de los pobres y a trabajar en el plano social para cambiar las estructuras injustas que engendran la pobreza* (cf. C. 24 e). En este contexto veo la formación como una necesidad para enmarcar bien nuestro servicio, para situarlo en la esfera evangélica, eclesial y vicenciana, sin olvidar tampoco la cultura que nos envuelve. En este sentido la formación está al servicio de la revisión de obras. Les recomiendo una vez más como buena herramienta de reflexión el Compendio de la Doctrina social de la Iglesia.

Interroguémonos sobre el esfuerzo que hacemos para releer ante el Señor, personalmente y en comunidad, nuestro modo de servir, de vivir la solidaridad con los pobres, de luchar contra las causas de la pobreza (cf. Estatutos 8-12). El discernimiento de los signos de los tiempos abre nuestro corazón a las realidades que nos rodean, nos permite reconocer las Semillas del Verbo presentes ya en el mundo y al Espíritu que actúa en él (cf. C. 24 c). La reflexión comunitaria, con la familia vicenciana, con otros comprometidos al servicio de los más necesitados, es fuente de enriquecimiento, proporciona a menudo elementos que facilitarán más tarde las decisiones comunitarias en los niveles respectivos. ¿Qué tiempo dedicamos a ello?

VIVIR LA VOCACIÓN COMO UNA CONFIGURACIÓN PROGRESIVA CON CRISTO, EN UNA FIDELIDAD RENOVADA AL ESPÍRITU Y AL FIN DE LA COMPAÑÍA.

Esta frase de la C. 49 traduce muy bien las exhortaciones de san Vicente a los Misioneros y a las Hijas del Caridad: *¿Qué haría el Hijo de Dios en nuestro lugar? "Otra cosa en la que debe poner una atención especial es sentirse siempre dependiente de la conducta del Hijo de Dios; o sea, que cuando tenga que actuar, haga esta reflexión: '¿Es esto conforme con las máximas del Hijo de Dios?'. Si así lo cree, diga: 'Entonces, bien, digámoslo'; por el contrario, si no lo es, diga: 'No lo haré'. Además, cuando se trate de*

hacer alguna buena obra, dígame al Hijo de Dios: 'Señor, si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías en esta ocasión? ¿cómo instruirías a este pueblo? ¿cómo consolarías a este enfermo de espíritu o de cuerpo?' «(Síg. XI, p. 239).

Voy a comparar esta frase con el cuarto párrafo de la línea de acción sobre la formación: *"Alentemos la formación vicenciana y releamos el pensamiento de los fundadores a la luz del hoy."* Tenemos a nuestra disposición muchos textos de los fundadores traducidos en diversas lenguas, estudios y biografías muy documentados. ¿Los leemos suficientemente, aprovechamos la riqueza que contienen, personalmente o en comunidad? (cf. C. 22 y E. 6). Permítanme poner un ejemplo: la Constitución 21 b nos recuerda que: "cuando las necesidades urgentes del prójimo lo requieran, tienen que saber dejar a Dios contemplado en la oración para volver a encontrarlo en el pobre." Este texto se comprende mejor cuando lo ponemos en paralelo con una de las conferencias de san Vicente. La nota en el libro de las Constituciones cita las del 31 de julio 1634 y del 30 de agosto de 1656; yo les propongo también la del 30 de mayo 1647 (CEME, Conf. Esp. p. 243-244), en la que san Vicente da pruebas de gran finura espiritual. Podría también evocar a santa Luisa y aconsejarles que comparen la Constitución 54 y el Estatuto 35 con su carta 244, del 24 de junio 1648, p. 245, a propósito del *"tiempo previo al postulante"*.

Las Constituciones nos ofrecen el agua que necesitamos en este siglo XXI, pero es conveniente también que nos refresquemos frecuentemente en la fuente. La Exhortación apostólica post-sinodal 'Vita Consecrata', n° 70, une la expresión "conformándose a Cristo" a la situación especial de nuestras Hermanas mayores y presenta esta etapa como una "oportunidad de dejarse modelar por la experiencia pascual, conformándose a Cristo crucificado que cumple en todo la voluntad del Padre y se abandona en sus manos hasta encomendarle el espíritu". La espiritualidad vicenciana amplía a todas las Hermanas esta hermosa expresión, pero, todas, nos apoyamos en el ejemplo de abandono lleno de confianza en Cristo que dan nuestras Mayores, por lo que les estamos muy agradecidas. Santa Luisa y san Vicente, en el transcurso de los años, se dejaron configurar progresivamente con Cristo y es interesante a este respecto poner de relieve el lugar importante que tuvo la dirección espiritual y el acompañamiento en su caminar (cf. C. 20 b). ¿Dónde nos encontramos con relación a esto?

El próximo 25 de marzo, tendremos la alegría de la Renovación. Pidamos al Señor, por intercesión de san Vicente y de santa Luisa la gracia de reavivar, mediante la formación del corazón, la coloración vicenciana de nuestros votos, para que nuestras vidas entregadas a Dios, en seguimiento de Cristo, sean buena noticia para los más

pobres. Confío especialmente a sus oraciones a nuestras Hermanas que viven en un clima de violencia casi diario, las de Haití y las del Congo, entre otras muchas.

Que santa Catalina Labouré, tan fiel a la escucha del Espíritu y totalmente entregada a los pobres que tuvo la dicha de servir, sea una inspiración para nosotras. Pidamos también a María, que vivió con la mirada totalmente puesta en el Padre, que fue plenamente discípula de su Hijo y que permaneció humildemente disponible al Espíritu, que nos enseñe a hacer de nuestra vida una configuración progresiva con Cristo.

He transmitido al Padre Gregory todo nuestro agradecimiento por su atención a la Compañía y por su cercanía. Del mismo modo, he expresado al Padre Javier nuestra gratitud por su acompañamiento fiel. Dirijo también, en nombre de ustedes, al Padre McCullen, al Padre Maloney, al Padre Quintano, a Madre Duzan y a Madre Elizondo, nuestro respetuoso y muy agradecido recuerdo.

Con todo mi afecto y con la seguridad de mi oración por cada una de ustedes,

Sor ÉVELYNE FRANC
Hija de la Caridad

Cuaresma 2006

Queridas Hermanas:

¡La Gracia y la Paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

Comencemos la Cuaresma reflexionando sobre María, verdadera discípula de Jesús, que puede ayudarnos durante este periodo santo a entrar con mayor profundidad en el misterio del amor de Dios por nosotros. Las Escrituras dicen mucho acerca de su testimonio y nos revelan su papel como discípula.

Pero concentrémonos en la cruz de Jesucristo, donde su muerte se consuma de una vez para siempre, y meditemos en el papel de María en este momento tan dramático y significativo de la vida de su Hijo. María es una madre que sufre la muerte de su Hijo; un Hijo que ella ha recibido en sus brazos cuando él vino al mundo y ahora lo recibirá de nuevo después de haber dejado nuestra humanidad. ¡Cuánto dolor habrá sentido! Qué pena habrá traspasado su corazón, aquella pena de la que habló Simeón el profeta: “- ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! – a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc. 2, 35b). ¿Qué hace María al pie de la cruz? Ella no intenta parar la ejecución; no está proclamando la inocencia de Jesús. Sólo el evangelio de Juan menciona la presencia de María. Dice sencillamente que ella estaba allí (Jn. 19,25). Quizás sea esta una presencia de coraje y fortaleza. Tal vez, muy probablemente, María estaba meditando en el sentido bíblico de la palabra.

Meditar, en sentido bíblico,ⁱ significa soportar, sostener y transformar una tensión para no devolverla de la misma manera. Obviamente, Jesús nos presenta también esta clase de meditación. El aceptó el odio, lo soportó, lo transformó y devolvió amor y perdón. Meditar bíblicamente es ser como un filtro de agua que recibe toda clase de impurezas, las retiene dentro de sí y deja pasar solo el agua pura. María muestra el camino que debe seguir un fiel discípulo: reflexionar, meditar, atesorar en el corazón, soportar y transformar la tensión.

Quiero invitarlas a que dediquen algún tiempo, durante la Cuaresma, a contemplar a María al pie de la cruz de su Hijo. Durante la reflexión, pónganse en el lugar de María. ¿Qué ven cuando miran el rostro sufriente de Jesús? ¿Qué están meditando? ¿Cuáles son las tensiones que experimentan en su propia vida en este momento y que ustedes deben soportar, llevar por algún tiempo, y que entonces con la gracia de Dios, necesitan transformar?

Deseo extenderme un poco sobre estas diferentes palabras: soportar, llevar y transformar:

- **Soportar** significa no abandonar inmediatamente, aprender a aceptar. Qué difícil es a veces aceptar cuando aquello que nos causa tensiones puede resultarnos incómodo, desconcertante. Tenemos la tendencia inmediata a desentendernos, pasar de largo o huir de ello.
- **Llevar** significa tomar el tiempo suficiente para pasar por un proceso de reconciliación de uno mismo con la tensión. Esto significa con frecuencia reconciliarnos con aquellos que provocan la tensión que existe en nuestra vida. La reconciliación no es algo que acontece sin más, inmediatamente. Se precisa tiempo. Requiere paciencia. Se necesita coraje, comprensión, humildad.
- **Transformar** significa hacer nuevas las cosas con mucho trabajo, esfuerzo. Requiere mucha entrega, además de perdón.

Cuando miramos a María, al pie de la cruz contemplando el rostro de su Hijo que sufre, y miramos también a su Hijo ¿Dónde vemos hoy su rostro sufriente? No debería ser muy difícil para nosotros, que estamos llamados a contemplar el rostro de Jesús en el rostro del pobre que sufre, a quien nosotros evangelizamos y servimos, ver los rostros de los pobres en el rostro doliente de Jesús.

- * Mirad el rostro de Jesús sufriente y ved a esos niños abandonados por sus propios padres vagando por las calles de las grandes ciudades de nuestro mundo.
- * Mirad el rostro doliente de Jesús y ved a una joven adolescente que no sabe qué hacer, porque tiene que revelar la noticia de que está embarazada después de no haber tomado en cuenta el consejo de sus padres acerca de las personas con las que se relaciona. ¿Escucha ella el consejo que cree que sus sufrimientos pueden aliviarse animándola al aborto? ¿O se

escucha más bien a ella misma y a su tentación de huir, e incluso, ya en el límite, por miedo a enfrentarse a sus padres, a quitarse la propia vida?

- * Cuando contempláis el rostro de Jesús sufriente, ¿Veis el rostro de miles y miles de hombres, mujeres, adolescentes y niños que han huido de su patria como inmigrantes? ¿Los veis con la esperanza de encontrar “una vida mejor en otro mundo”, que muchas veces hemos creado a través de los medios modernos de la publicidad y el mercado?
- * Cuando consideráis el rostro doliente de Jesús, ¿Veis a miles y miles de refugiados que huyen de su patria para evitar la violencia y el genocidio, la experiencia del odio de hermanos y hermanas contra hermanos y hermanas?
- * Cuando vosotras consideráis el rostro doliente de Jesús, ¿Veis a esos mismos inmigrantes que son refugiados, discriminados o rechazados por los países de acogida porque ellos son diferentes, porque son sucios, porque su piel es de color distinto y no pueden hablar la lengua?
- * Cuando vosotras consideráis el rostro de Jesús sufriente, ¿Veis el rostro de miles y miles de personas que mueren de hambre, malaria, sida, y otras enfermedades, cuyos gritos de ayuda parecen caer sobre oídos sordos, porque son demasiados?
- * Cuando vosotras consideráis el rostro sufriente de Jesús, ¿Veis miles y miles de personas que temen por sus vidas en sus mismos pueblos, en sus mismos barrios, en sus mismas ciudades porque grupos de jóvenes vagan por las calles sin miedo a nadie y a nada, y sin respeto por la vida humana?
- * Al mirar el rostro sufriente de Jesús, ¿Veis también miles y miles de hombres y mujeres que están prisioneros en condiciones inhumanas, esperando muchas veces largos procesos judiciales, con la sensación de que la justicia jamás llegará porque son pobres? y ¿“Quién escucha el clamor de los pobres”?

En su primera encíclica, Benedicto XVI habla de contemplar el sufrimiento de Jesús.

“Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar.”ⁱⁱ

Le pido a Dios que vuestra contemplación de María al pie de la cruz de su Hijo Jesús, durante esta Cuaresma, sea una experiencia curativa, así como un peregrinar por el corazón de las penas y la desesperación de los pobres de este mundo que da paso a la esperanza. La misma pasión de Jesús, su muerte y su resurrección declaran que los males de este mundo no son incurables y que la injusticia no tiene la última palabra. Mediten, pues, el rostro doliente de Cristo. Consideren las injusticias de este mundo. Llénenlas a su corazón y pidan la Gracia de Dios para transformarlas y devolverlas multiplicadas en justicia, paz, comprensión, reconciliación, amor.ⁱⁱⁱ

Concluamos con una reflexión sobre la cruz de Jesucristo como lo hizo Santa Luisa:

“...estamos, pues, llamadas a honrar la Santa Cruz, entendida en el sentido de toda clase de sufrimientos, tanto los relacionados con la misma Cruz en la que Nuestro Señor fue clavado, como las demás penas y dolores que padeció durante su santa vida humana, como Él mismo nos lo enseña en diversos lugares de los santos evangelios. Pero principalmente las almas escogidas por Dios están de manera muy particular destinadas al sufrimiento, que es para ellas tan dulce y agradable que antes preferirían morir que no tener que sufrir, puesto que para ellas amar y sufrir es una misma cosa”.^{iv}

Vuestro hermano en San Vicente,

G. Gregory Gay, c.m.
Superior General

PADRE J. ÁLVAREZ, DIRECTOR GENERAL

7ª ficha de estudio sobre las Constituciones renovadas

CAPÍTULO V: LA FORMACIÓN **(CC. 49 – 59; EE. 32 – 42)**

I. INTRODUCCIÓN

Nuestros Fundadores dieron una gran importancia a la formación. Conocemos la gran angustia de San Vicente, al encontrarse con un clero incapaz de cumplir bien con su ministerio. Justamente, éste fue el móvil que le llevó a establecer las Conferencias de los Martes (todo un plan de formación permanente para el clero francés) y a encargarse de la formación del clero en los Seminarios. San Vicente, no sólo se preocupó de establecer comunidades en la Iglesia para impulsar la Misión y la Caridad, como las Cofradías de la Caridad, la Congregación de la Misión y la Compañía de las Hijas de la Caridad, sino que también tuvo gran cuidado de proporcionarles la preparación que exigía su misión. Buena prueba de ello son las muchas conferencias que dedicó a Padres y Hermanas.

Por su parte, Luisa de Marillac no se quedó atrás ni en la valoración que siempre hizo de la formación ni en la dedicación como formadora de las primeras Hermanas. Su plan de formación fue completo: enseñar a leer y a escribir, enseñanzas básicas cristianas, sentido de una vocación de servicio, orientaciones y consejos para atender a los enfermos, capacitar a las Hermanas para la enseñanza, etc. Podemos decir que, a través de la correspondencia, Santa Luisa lleva a cabo una auténtica formación continua con las Hermanas. En ella forma y orienta todos los aspectos de su vida y servicio: espiritual, humano, profesional, relaciones con las autoridades y colaboradores, relaciones entre ellas, calidad de servicio, etc.

En la actualidad, la Iglesia está dando cada vez más importancia a la formación en todas sus etapas^v. Por lo que se refiere a la formación continua o permanente, el canon 661 del actual Código de Derecho Canónico anima a todos los consagrados a “*continuar diligentemente su formación espiritual, doctrinal y práctica durante toda la vida*”, y a los Superiores a “*proporcionar medios y tiempo para esto*”. Tan decisiva resulta la formación que el decreto *Perfectae caritatis* relaciona la renovación de los Institutos con la formación que tengan y reciban sus miembros^{vi}.

II - PRINCIPALES CONTENIDOS DE LA FICHA

El capítulo V se abre con una cita de San Vicente tomada de la conferencia del 29 de septiembre de 1655 a las Hijas de la Caridad sobre la explicación de las Reglas comunes. En esta ocasión él no utiliza explícitamente la palabra “formación”, pero sin duda se está refiriendo a ella. Porque, ¿qué otra cosa es la formación sino *“llenar a las personas que entren en la Compañía del espíritu que quiere que tengáis todas, para proseguir, por este medio, el bien que se ha comenzado”*?^{vii}. En la mente de San Vicente encontramos ya los dos elementos que dan sentido a toda acción formativa y que desarrollarán después las Constituciones: la formación al servicio de la persona y de la vocación, y la formación en orden a un servicio de calidad.

En estrecha sintonía con San Vicente y con los documentos de la Iglesia, la C. 49 nos introduce en este capítulo mostrándonos la importancia de la formación inicial y continua. Esta última se justifica por dos razones: la vocacional nos indica que la opción de vida necesita ser cultivada, profundizada y revitalizada continuamente en todas sus dimensiones. La vocación es vida; y la vida no se puede detener so pena de truncarla. La segunda razón tiene un carácter funcional: *“ofrecer a los pobres un servicio de calidad”* (C. 49) o lo que es lo mismo, la formación se realiza *“con miras a un mejor servicio”* (C. 58 a). Las dos razones son importantes y, al mismo tiempo, complementarias entre sí. Subrayar excesivamente una de ellas hasta el punto de olvidar la otra, sería caer en un reduccionismo inadmisibile y extraño al espíritu vicenciano.

1. FINALIDAD DE LA FORMACIÓN (C. 50)

La C. 50 afirma que *“la formación en todos los niveles, se orienta, fundamentalmente, al crecimiento de cada Hermana”*. Se trata de un crecimiento integral de la persona en sus aspectos humano, espiritual y vocacional. El punto de partida de todo proceso formativo necesariamente será el reconocimiento y la aceptación de la persona en su propia identidad. Todo lo que se encuentra en la persona en estado germinal, la formación se encargará de desarrollarlo armónicamente. Siempre contando con la ayuda del Espíritu Santo, tal como se recoge en este mismo número y se afirma también en Vita consecrata^{viii}. Más concretamente, la formación de las Hijas de la Caridad deben responder a estos tres objetivos:

“Adquirir unas convicciones que la afiancen y unifiquen en su entrega total a Dios”.

La formación, tanto inicial como continua, debe ir directamente encaminada a las raíces de la persona o a sus convicciones vocacionales. Para una Hija de la Caridad

cimentar su vida en convicciones sólidas significa adquirir una espiritualidad profundamente evangélico-vicenciana. *“Sólo así la Compañía podrá ser testigo y profeta, sal y levadura, capaz de responder a los desafíos que le lanza la cultura actual. Porque de lo contrario, los contravalores que también hay en esta cultura (superficialidad, proyectos de vida a corto plazo, materialismo, individualismo, hedonismo...) serán como tempestades que derrumban la casa que no está sólidamente cimentada”*^{ix}.

Por lo tanto, las convicciones evangélico-vicencianas hacen fuertes a las Hijas de la Caridad y las preparan para entender, vivir y servir en un mundo complicado y difícil como es el nuestro. Pero, además, la formación debe ayudar a “unificar” la vida de las Hijas de la Caridad. Esta palabra no existía en las Constituciones de 1983; ha sido añadida al texto del 2004. Creemos que bajo esta palabra se esconde la siguiente realidad: hoy el servicio de los pobres exige mucha dedicación y mucha entrega. Toda esa actividad, con las consiguientes preocupaciones que hoy puede generar el servicio al pobre, conlleva el peligro del activismo, o lo que es igual, entrar en un ritmo trepidante de hacer y de resolver sin detenerse a pensar qué sentido tiene el trabajo que se realiza y quiénes son, en realidad, en profundidad, los pobres a los que se sirve.

Cuando la acción es tan absorbente, la contemplación de dicha acción resulta imposible o, al menos, difícil. Por esta razón se puede producir una dicotomía entre la acción y la contemplación: ésta no abraza la acción, no está en la base de la actividad para dotarle de sentido, sino que se vive como otra actividad más. El resultado final es que la persona queda dividida por dentro, compartimentada, lejos del ideal unificador al que apuntan los Fundadores y recuerdan tan frecuentemente los documentos de la Compañía. El objetivo último de toda esta reflexión no es otro que llegar a comprender que la formación puede servir para reducir las distancias entre el doble polo, acción y contemplación.

“Ser sierva de Cristo en los pobres y de los pobres en Cristo”.

La espiritualidad de la Compañía se resume diciendo que es una “espiritualidad de siervas”. Las Hijas de la Caridad, dándose totalmente a Dios, a ejemplo de María, “esclava del Señor”, ponen su vida incondicionalmente en manos del Señor para hacer su voluntad. A semejanza de Cristo siervo, que se rebajó hasta nuestra condición humana, se ponen también al servicio de los pobres para proporcionarles los cuidados corporales y espirituales que necesitan. Y ello porque, de acuerdo con las palabras de Jesús, saben que lo que hacen a uno de éstos más pequeños se lo hacen a Él. Por eso consideran a los pobres como sus “amos y señores”.

Efectivamente, la formación profesional prepara a las Hermanas para que puedan desarrollar un servicio “de calidad”. Éste viene exigido nada menos que por la *“justicia hacia los pobres”*, según se dice en la C. 52 a. Esta afirmación no es original. Está tomada, casi literalmente, de la Asamblea general de 1985^x. Ahora bien, sólo la formación profesional no basta para llegar a ser siervas de Cristo en los pobres. Se requiere además la formación en el espíritu vicenciano, para poder vivir el sentido teológico que tiene cualquier servicio realizado a cualquier pobre. La Asamblea general de 1997 en su documento final *Un fuego nuevo*, orientó a la Compañía en esta misma dirección, al afirmar que era necesario *“impulsar la formación a todos los niveles para un servicio de calidad como Hijas de la Caridad”*^{xi}.

“Vivir una vida fraterna en común para la misión”.

La vida fraterna en común, como elemento integrante de la vocación de las Hijas de la Caridad, es otro aspecto fundamental al que debe tender la formación vicenciana. Por supuesto, también ese objetivo debe ser perseguido tanto por la formación inicial como por la continua. Si la Hija de la Caridad se hace sierva de Cristo en los pobres, del mismo modo debe hacerse sierva de Cristo en cada una de sus Hermanas de comunidad. Solamente así se podrá llegar a la unidad de corazón, necesaria para que la vida comunitaria se convierta en apoyo y en sostén de la misión.

Cierto, la vida comunitaria ha de estar orientada al servicio de los pobres. Las Constituciones y los documentos de la Compañía no dejan lugar a dudas (cf. CC. 9, 32 a...). Ahora bien, esta orientación para nada quita importancia a la comunidad. Ésta siempre será o deberá ser el espacio natural para que las Hijas de la Caridad puedan “rehacer sus fuerzas”. Por consiguiente, la formación también tiene que ayudar a las Hermanas a ser constructoras de comunidad, superando la tentación de convertirse en meramente consumidoras de la misma.

2. AGENTES DE FORMACIÓN (C. 51)

Esta Constitución 51 presenta tres agentes complementarios entre sí. Haremos un pequeño comentario sobre cada uno de ellos.

“La formación es, ante todo, la acción de Dios presente en el corazón de la persona que Él mismo ha llamado”.

Muy acertado nos parece el comienzo de este número de las Constituciones. La formación, en primer lugar, es obra de Dios. Él, a través y en unión con el Espíritu Santo, anima todo crecimiento interior (cf. Mt 13, 31 – 32). En la medida en que la Hija de la Caridad se abre al Espíritu, en esa misma medida Dios va transformando su interior hasta hacer que en ella broten las virtudes propias de su espíritu. Dios mismo, como alfarero que es, según se nos dice en Jeremías 18, 1-11, va modelando el corazón de la Hija de la Caridad hasta hacerlo semejante al de Jesucristo. En una palabra, Dios mismo va dando crecimiento a la “sierva de los pobres”, tal como San Vicente y Santa Luisa deseaban. Y lo hace sobre todo a través de los acontecimientos de la vida que, en definitiva, no son otra cosa que su pedagogía formativa. Todos sabemos lo bien que San Vicente aprendió a ver la acción formativa de Dios en los acontecimientos y en las personas. Estaba seguro que el Otro actuaba en su vida. Porque sólo quien verdaderamente crea en la acción formativa de Dios en su vida podrá responder positivamente.

“Es, después, obra de la propia Hermana, en su deseo de fidelidad creciente a la vocación”.

En general, los programas y los planes de formación de las Provincias son excelentes. Otra cosa bien distinta es entrar en ellos. Eso dependerá de la voluntad de cada Hermana. Por esta razón, cada uno es el principal responsable de su propia formación. Creo que es importante tomar conciencia de esta realidad que se puede resumir así: después de Dios, el esfuerzo de cada Hermana será la mejor garantía de una formación auténtica y progresiva. Por formación auténtica y progresiva entendemos aquella que lleva a una *“fidelidad creciente a la vocación”*.

Todos debemos asumir el papel de la autoformación y convencernos, si aún no lo estamos, que la Compañía y sus planes de formación son sólo una ayuda. En las Provincias se organizan frecuentes cursos y encuentros formativos de todo tipo. ¿Producen éstos en la vida real la transformación que se pretende? ¿Se asimila lo oído, lo escuchado, lo tratado? Debajo de estas preguntas late la convicción siguiente: la formación pasa necesariamente por un trabajo personal de profundización.

“La Hija de la Caridad no se encuentra sola: la Compañía está a su lado...”.

La Compañía es el tercer agente de la formación, en cuanto que ella acoge a las nuevas candidatas, ofrece un plan de formación que responde al mismo espíritu que la anima, proporciona el espacio adecuado para llevar a cabo dicha formación (comunidad) y prepara a las personas encargadas de impulsar la formación (formadoras). Para resumir

la colaboración de la Compañía en la formación, podemos utilizar la imagen de la “madre y maestra” al mismo tiempo. La Compañía es una madre que orienta y una maestra que sabe formar desde la acogida y la aceptación personal.

La referencia a la comunidad local, como lugar privilegiado donde se realiza la experiencia de la formación (cf. C. 51 c) es nueva en las Constituciones renovadas. Por otra parte, nos parece que es una referencia obligada, puesto que para cada Hermana la Compañía se concreta y se visualiza en su comunidad local. Si, como dice la C. 9, en la vida de comunidad, las Hermanas “*rehacen continuamente sus fuerzas con miras a la misión*”, un medio excelente para ello será, sin duda, la formación en comunidad.

Otro medio utilizado por la Compañía para ayudar a las Hermanas a su formación es el de las formadoras. La C. 51 d dice que éstas han de estar bien imbuidas del espíritu vicenciano y con experiencia, tanto en la vida comunitaria como en el servicio a los pobres. Se puede decir que es la Compañía quien, a través de las formadoras, acompaña a las Hermanas en su proceso de formación. La práctica, desde los comienzos de la Compañía, no está lejos de esta afirmación. Desde el momento que empezaron a llegar las primeras Hijas de la Caridad, fue Santa Luisa la encargada de acoger a las jóvenes para ayudarlas a ir adquiriendo el espíritu de las siervas de los pobres. Pero ella actuaba en nombre de la Compañía: “*Si las que se presentan de ahí para entrar en la Compañía de la Caridad —es San Vicente quien habla— tienen verdadera vocación y las cualidades que se necesitan, las recibirá la Señorita Legras*”^{xii}.

En los Estatutos 33 y 34 se añaden otros dos instrumentos de los que disponen las Provincias para completar este abanico de medios que dimanaban de la misma Compañía: el plan de formación para ajustar la formación a las necesidades reales de la Provincia, y el acompañamiento espiritual y vicenciano. Éste último se confiaba preferentemente a los Sacerdotes de la Congregación de la Misión. Pero el texto de 2004 añade una novedad importante: también las mismas Hijas de la Caridad son reconocidas para poder hacer este acompañamiento (cf. E. 34). Evidentemente, en este caso el Estatuto se refiere a las Hermanas que estén preparadas para ello.

3. DIMENSIONES DE LA FORMACIÓN (C. 52)

Comienza este número con una afirmación muy importante: “*La formación es un recorrido de toda la vida*”. La Hija de la Caridad comienza su andadura con un tiempo intenso de formación. Pero no todo se acaba con el Seminario. La formación no termina

nunca, es un camino que dura toda la vida. La Madre Guillemin insistía en esta necesidad: *“Debemos trabajar siempre; no podemos imaginar que llegará un día que hayamos dado cima a nuestra formación, en que hayamos logrado perfección y podamos darnos por satisfechas. Siempre hemos de estar en marcha. En marcha hacia Aquel que es la única perfección...”*.

Esta formación constante es la que permitirá a las Hijas de la Caridad dar una *“respuesta siempre nueva a las continuas llamadas de Dios”* (C. 52 a). En la vida de entrega no hay respuestas prefabricadas. Lo que un día sirvió, en otro momento puede no valer. De ahí la necesidad de tener siempre una actitud de discernimiento, como se dice en la C. 51 d. Es la formación la que capacita para poder dar siempre respuestas adecuadas. *“Las situaciones nuevas y complejas que se nos presentan en el mundo y en la Iglesia –ha escrito Sor Juana Elizondo- son un desafío constante al que sólo podemos responder conforme a lo que pide nuestro carisma, mediante una puesta al día constante. Ya no valen las respuestas fáciles, rutinarias y prefabricadas que rápidamente quedan desfasadas ante las nuevas situaciones a las que tenemos que hacer frente cada día”^{xiii}*.

La Constitución mencionada desarrolla las distintas parcelas en las que se ha de ejercer la formación:

Formación humana.

Se encamina a *“desarrollar todas las dimensiones de la persona”* (C. 52 b). El P. Lloret veía así este aspecto de la formación: *“Su capacidad de relación y su madurez afectiva. son primordiales en una vocación como la suya, sobre todo hoy, así como el amor por la verdad, el sentido de la justicia, la verdadera compasión, el equilibrio del juicio y del comportamiento, etc.”^{xiv}*. No hay que dar por supuesta esta dimensión, sino hacer de ella un estímulo constante, porque el avance en la formación humana lleva consigo el avance en las otras dimensiones, y a la inversa. El crecimiento armónico de los dedos de una mano nos puede servir para entender la interconexión existente entre las diferentes dimensiones de la persona. Si crece uno, crecen todos. Si se crece en una dimensión se crece en todas.

La exhortación apostólica *Vita consecrata* invita a los consagrados a trabajar, de una forma especial, para alcanzar la libertad interior, la integración afectiva, la capacidad de comunicarse con todos, especialmente en la propia comunidad, la serenidad de espíritu y la sensibilidad hacia aquellos que sufren, el amor a la verdad y la coherencia efectiva entre el decir y el hacer^{xv}.

La formación humana pretende “*educar el juicio crítico*” (C. 52 b). ¿En qué consiste esto? Como el juicio crítico tiene mucho que ver con la verdad, es preciso, en primer lugar, evitar estos dos extremos negativos: afirmar todo u oponerse a todo. En ninguno de estos dos casos se busca la verdad. Pero, además, la formación humana ayudará a la persona a reflexionar, a evaluar su propio comportamiento y a desarrollar una crítica constructiva ante las situaciones y los acontecimientos. La persona formada en el juicio crítico buscará siempre la verdad, a la vez que ella misma se verá impulsada a actuar recta y evangélicamente.

El tercer punto de la Línea de Acción *La formación* invita a “*desarrollar la capacidad de discernimiento en todas las etapas de la vida*”^{xvi}. Esta indicación de la Compañía, repetida dos veces más a lo largo de todo el documento de la Asamblea general de 2003, tiene mucho que ver con el “juicio crítico” de las Constituciones que estamos comentando. En definitiva, una manera de concretar en la práctica ese juicio crítico será discernir las situaciones que nos vienen dadas. Justamente con la finalidad de descubrir la verdad de la voluntad de Dios y adaptar la propia vida a sus exigencias.

La formación humana llega hasta “*actualizar los conocimientos profesionales*” (C. 52 b). El servicio de los pobres exige, hoy más que nunca, una continua adecuación profesional. Hemos de estar abiertos a los numerosos y profundos cambios que reclaman de nosotros una puesta al día. Esta formación humana es básica para llegar a ser una verdadera Hija de la Caridad.

Formación espiritual (cf. C. 52 b).

Resulta absolutamente necesario el cultivo espiritual para que la Hija de la Caridad crezca en identidad con su espiritualidad propia, avance en la asimilación de la Palabra de Dios, profundice en el seguimiento de Jesucristo, y experimente una serenidad grande al dejarse conducir conscientemente por el Espíritu Santo.

Un medio excelente para concretar dicha formación es la lectura espiritual, tal como aparece presentada en la C. 22 y en el E. 6. Tomarse en serio la formación espiritual supone defender y aprovechar con intensidad los tiempos de oración, de silencio, de lectura, de soledad y de reflexión.

Formación apostólica (cf. C. 52 b).

La inquietud apostólica más auténtica siempre brota de una intensa vida espiritual. Cultivar esta dimensión supone, para la Hija de la Caridad, abrir la mente y el corazón para el esfuerzo continuo de la acción, que tiene que ser signo del amor de Cristo que la apremia (cf. II Cor 5, 14). Esto significa, en la práctica, la actualización de los métodos y de los objetivos de las actividades apostólicas en fidelidad al espíritu y al fin del carisma vicenciano, teniendo en cuenta, por otra parte, las condiciones cambiantes de nuestra propia historia, así como la cultura y el ambiente donde se vive y se trabaja.

La formación apostólica incluye también *“el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia y de su pensamiento con relación al ecumenismo y al diálogo interreligioso”* (C. 52 b). Estos tres conocimientos conectan de lleno con las prioridades que Juan Pablo II propuso para la Iglesia al comienzo del tercer milenio^{xvii}. Como vemos, uno de los efectos de la formación apostólica es conectarnos con las inquietudes más actuales de la Iglesia.

Formación específica (cf. C. 52 c).

Gracias a la formación vicenciana se puede asimilar el pensamiento y la espiritualidad de los Fundadores, en especial los rasgos propios del espíritu de la Compañía: humildad, sencillez y caridad, así como una devoción filial a María tal como se ha vivido desde los orígenes de la Compañía.

En la formación para una vida comunitaria apostólica, la comunidad es un elemento esencial en la vida de la Hija de la Caridad. Por lo tanto, se deberá cultivar una formación que lleve a vivir un equilibrio entre la vida fraterna y las exigencias del servicio de los pobres y del mundo.

La formación específica lleva también a la formación para la práctica de los Consejos evangélicos. La Hija de la Caridad se entrega a Dios en pobreza, castidad y obediencia en función del servicio de Cristo en los pobres. Este matiz vicenciano deberá estar siempre presente en todo proceso de formación.

Este número se cierra con una afirmación-resumen de todo lo dicho acerca de las dimensiones de la formación: *“la vocación vicenciana orienta las diferentes dimensiones de la formación y le confiere su unidad”* (C. 52 d). Es decir, la dimensión vicenciana debe estar presente en todas las otras para colorearlas de su espíritu. Esto es posible desde el momento en que se subrayan los rasgos humanos y cristianos próximos

al espíritu vicenciano. A fin de cuentas, cuando todas las dimensiones formativas quedan impregnadas de ésta específica, no se pierde nada y se gana en unidad.

4. ETAPAS EN LA FORMACIÓN: FORMACIÓN INICIAL Y CONTINUA (CC. 53 – 58)

La formación inicial comprende varias etapas con sus características propias: Pre-postulantado^{xviii}, Postulantado, Seminario y Formación Inicial en la Misión. Cada una de ellas tiene sus objetivos específicos, aunque todas siguen un plan común. A las personas encargadas de la formación se les pide que cuiden la continuidad y la progresión de cada etapa para favorecer con ello un crecimiento armónico de la vocación. La norma por excelencia, en todo proceso formativo inicial, es ayudar al crecimiento pero sin forzarlo. Además no conviene dejar para la etapa siguiente lo que puede y debe quedar fijado en un momento concreto del camino a recorrer. Tampoco hay que adelantar la andadura.

Por lo que se refiere a las candidatas, tengamos en cuenta que las jóvenes que llegan hoy no son como las de hace 30 años. Éstas son portadoras de una sensibilidad, acento y valores nuevos ante los cuales, las diferentes Provincias tendrán que estar atentas para discernir aquello que es válido de lo que no lo es. Y lo válido tendrá que ser acogido. Hoy, más que nunca, se pide a las formadoras que sepan captar el ritmo de maduración de cada candidata y se presten incondicionalmente para su acompañamiento personal (cf. C. 53). Las candidatas tienen derecho a encontrar en las que ya están en la Compañía “modelos de identificación” que les ayuden a crecer en su vocación. He aquí una responsabilidad que afecta a todas las Hermanas de la Compañía, incluso si no tienen el mandato expreso de trabajar como formadoras.

Cierto, la formación inicial está encomendada a Hermanas concretas *“penetradas del espíritu vicenciano, con experiencia de la vida comunitaria y de la vida apostólica entre los pobres”* (cf. C. 51 d). En nuestro lenguaje ordinario, a dichas Hermanas se las conoce como “formadoras”. Ahora bien, hay que resaltar el siguiente rasgo que aparece muy subrayado en las Constituciones renovadas: las responsables de la formación no trabajan solas sino en colaboración con otras Hermanas. Por lo tanto, el trabajo en equipo y el sentido de colaboración es imprescindible en la formación (cf. CC. 56 b; 57 b; EE. 36 b). Más aún, en determinadas acciones formativas queda implicada toda la comunidad. Por ejemplo, cuando la Postulante se encuentra en una comunidad para hacer su primer discernimiento es *“ayudada por la Hermana Sirvienta y la comunidad local”* (C. 54 b). En el informe previo a su admisión en el Seminario se requiere *“una evaluación hecha con las Hermanas de la comunidad local, y la participación de la Postulante”* (E. 35 c). En la etapa del Seminario, *“las prácticas apostólicas se hacen*

bajo la responsabilidad de la Directora, de acuerdo con la Visitadora y la comunidad local de acogida” (E. 36 c). Y en la etapa de Formación Inicial en la Misión, la Hermana enviada “se ve sostenida por la comunidad local” (C. 57 b). Estas situaciones nos demuestran que la formación inicial no es una tarea sólo de las formadoras. Todas las Hermanas quedan implicadas desde un sentido claro de corresponsabilidad.

La formación continua abarca toda la vida de la persona. En realidad, es un proceso de apoyo al crecimiento integral de la misma, un proceso que supone y favorece una actitud dinámica y abierta hacia la vida. Acompaña a la persona durante toda su existencia e incluye momentos fuertes y ayudas puntuales en las etapas de crecimiento, madurez y crisis.

La formación permanente o continua es también formación en la convivencia. Se aprende a vivir con las personas que el Señor ha puesto a nuestro lado y con sus diversidades y limitaciones. Se aprende especialmente a vivir sin reservas el amor mutuo, a compartir los dones recibidos y a ejercitarse en el difícil arte de la unidad de vida. Además, toda vida, precisamente por ser “vida”, es un caminar hacia adelante que lleva en sí la tensión hacia la plenitud.

La formación continua no afecta sólo a lo pastoral o a lo profesional, toca el corazón y la vida. Muchos problemas nacen cuando el corazón se hace insensible y se cierra a la relación, cuando no sabe ya escuchar y saborear la Palabra ni gustar el amor que se hace don. Si la fe se debilita y la esperanza se oscurece, la alegría de vivir se apaga. Surgen entonces ídolos diversos a los que aferrarse o brota el individualismo que, con frecuencia, se traduce en activismo compensatorio.

La segunda parte de la C. 53 advierte de la diversidad de países y culturas, así como de los diferentes ritmos de las personas. Por eso, aunque se debe salvaguardar la unidad de la Compañía, son las Provincias las que establecen su plan de formación (cf. E. 33 b) teniendo en cuenta los objetivos que se han de conseguir, las diferencias de ambiente y de cultura, las actitudes y el ritmo individual de cada Hermana.

Sobre la formación continua, comentamos aquí la C. 58. Se nos dan estas tres orientaciones:

1 - Es importante tomar conciencia de esta necesidad

“Las Hermanas están convencidas de la necesidad de una formación continua”, (C. 58 a). San Vicente y Santa Luisa insisten a las primeras Hermanas sobre esta necesidad. Vicente deja muy claro que “la caridad bien ordenada comienza por uno mismo”^{xix}, y que “es justo que al servir a los demás cuidemos de nuestra alma.

Vosotras, como yo mismo, tenéis obligación de que la Compañía tenga la debida formación”^{xx}.

Los Superiores generales han insistido en ello, uno tras otro. Como prueba basta la siguiente frase del P. Lloret: *“La formación permanente es necesaria para discernir y seguir su voluntad sobre nosotros, aquí y ahora*”^{xxi}. El documento *Inter-Asambleas Junto al pozo de Jacob* ha recogido como uno de los puntos de insistencia la formación, recalcando su importancia a todos los niveles, pero haciendo hincapié en la formación permanente: *“Esforcémonos –dice- en una actualización permanente y completa (fe, vocación, doctrina social de la Iglesia, formación humana...) puesto que, ante las mutaciones e interrogantes del mundo, contentarnos con lo ya adquirido es faltar a la justicia en el desempeño de nuestro servicio*”^{xxii}.

2 - La formación continua tiene estos dos objetivos.

El primero, *“adquirir un conocimiento más profundo de su vocación y del significado de ésta en la Iglesia y en el mundo”* (C. 58 a). La formación continua se dirige, en primer lugar, a afianzar las convicciones vocacionales para dar una respuesta siempre nueva en la Iglesia y en el mundo. *“El motivo principal de la formación permanente –ha escrito Sor Juana Elizondo- es la fidelidad a la vocación y el carisma. Dios nos sigue llamando constantemente y actualiza la llamada a través de los signos de los tiempos*”^{xxiii}. *“La formación permanente –en esta ocasión es el P. Lloret quien habla- permite a las Hijas de la Caridad conservar y desarrollar en la fe la conciencia viva de su ser de “siervas” de Jesucristo en la persona de los pobres, con sencillez, humildad y caridad... Nos permite también contribuir, cada vez más y según nuestro carisma, a la edificación del Pueblo de Dios*”^{xxiv}.

Las Constituciones formulan el segundo objetivo en estos términos: *“Actualizar su preparación cultural y profesional, siempre con miras a un mejor servicio”* (C. 58 a). Los Fundadores tuvieron siempre muy claro que la promoción cultural y profesional de las Hermanas estaba siempre motivada para un mejor servicio de los pobres. *“Ejercitaos en aprender a leer, no para vuestra utilidad, sino para poder ser enviadas a los lugares donde podáis enseñar*”^{xxv}. Si siempre ha sido importante la formación permanente con miras a la actualización del servicio, lo es mucho más hoy, dada la rapidez con que se operan las mutaciones en el mundo en que vivimos. Por eso, se necesita un reciclaje continuo en cada uno de los servicios a realizar.

3 - La Hermana es la primera responsable de su formación permanente (cf. C.58 b).

Las circunstancias socioculturales actuales empujan a promocionarse en el camino profesional en el que se desempeña el servicio. Sin embargo, el ritmo de vida actual no facilita el cultivo profundo de una formación continua personal. Con frecuencia, el activismo que nos envuelve, nos impide encontrar espacios y tiempos para reflexionar y profundizar en lo que se hace. Esto nos puede llevar a funcionar de forma rutinaria, corriendo el riesgo de “vaciar”. A fuerza de darse sin medida, llega un momento en el que ya no se tiene nada que ofrecer. Es necesaria una gran voluntad para encontrar momentos de recuperación personal a través de ratos de reflexión, lectura, estudio, oración...

La Compañía y la comunidad local ofrecen momentos y lugares privilegiados para la formación. Lo verdaderamente importante es tomar conciencia y aprovechar esos espacios. El resultado será, sin duda, un crecimiento en el “ser”.

El E. 41 pide a las Provincias que presten atención a las Hermanas que, por razón de edad o de salud, deben dejar la actividad y vivir su vida vocacional en otras circunstancias. Éste es un momento delicado que requiere mucha atención y una formación especial. Teniendo en cuenta la exhortación apostólica *Vita consecrata* y la C. 35 b nos parece que esta formación especial debe alcanzar estos dos objetivos: ayudar a la Hermana concreta a vivir su vocación de otra manera que como lo ha hecho hasta ahora, es decir, ofreciendo el servicio de la oración, de la aceptación paciente de la propia condición, aportando a la comunidad la sabiduría y la experiencia de una vida entregada... Pero esta formación tiene que ayudar también a la comunidad (o a la Provincia) a acoger adecuadamente y a saber aprovechar los “talentos” que las Hermanas mayores y enfermas pueden y deben dar^{xxvi}.

La C. 59 podemos considerarla como un punto de llegada de todo este capítulo dedicado a la formación. En efecto, ésta no tiene otra razón de ser que ayudar a las Hermanas a vivir el proyecto de vida por el que han optado con alegría y en fidelidad. Desde otro punto de vista, que también aparece recogido en la Constitución citada, ésta será la mejor pastoral vocacional que se pueda hacer en la Compañía y en las Provincias. Justamente estas dos mismas perspectivas están apuntadas en la 5ª línea de acción de la última Asamblea general^{xxvii}.

III. CUESTIONARIO PARA FACILITAR LA REFLEXIÓN PERSONAL Y LOS INTERCAMBIOS COMUNITARIOS (O INTERCOMUNITARIOS O PROVINCIALES...)

* Comparar las Constituciones renovadas con las de 1983. Comprueba los cambios introducidos en los números correspondientes a esta ficha.

* De todos los números de las Constituciones que proponemos a estudio en esta ficha, señala aquellas expresiones que más te han llamado la atención.

* ¿Estás satisfecha de tu formación personal continua? ¿Qué deberías intensificar?

* Éste puede ser un buen momento para evaluar la formación comunitaria y los encuentros formativos comunitarios. ¿Hay algo que conviene re-encauzar?

* ¿Estás convencida de que, “*al tratar de vivir con alegría y en plenitud la respuesta personal al Señor, se fortalece la fidelidad de las Hermanas y contribuye, a la vez, al despertar de nuevas vocaciones*” (C. 59)?

IV. LECTURAS COMPLEMENTARIAS PARA PROFUNDIZAR EN LOS CONTENIDOS DE ESTA SÉPTIMA FICHA

*Para ver la importancia que dieron los Fundadores a la formación, conferencia del 16 de mayo de 1659 (cf. IX, 1148 – 1159). En estos momentos San Vicente está enfermo y al final de su vida. Una de las cosas que más desea es dejar bien sólidas las bases para que la Compañía permanezca fiel.

**GUIA PARA LA FORMACIÓN INICIAL, Ser Hija de la Caridad en el Tercer Milenio*, 2001, pp. 15 – 19; 23 – 26; 41 - 49.

**F. QUINTANO, La formación vicenciana de las Hijas de la Caridad, “Ecos de la Compañía”*, Julio-Agosto (1998), pp. 241 – 254.

Padre Javier ÁLVAREZ, cm
Director General
Padre Fernando QUINTANO, cm

PADRE J. ÁLVAREZ, DIRECTOR GENERAL

Ayuda para el Retiro mensual

“Buscad continuamente el rostro del Señor” (Sal 105, 4)

La contemplación de la Hija de la Caridad

A la Hija de la Caridad se le pide que sea contemplativa. Pero hay que entender bien esta expresión: no se trata de un estado de vida contemplativo, con estructuras propias para la oración, el recogimiento y la separación del mundo. Pablo VI la definió así en su famoso discurso del 7 de Diciembre de 1965: *“Es el esfuerzo por fijar en Dios la mirada y el corazón, incluso cuando la mirada y el corazón se pongan en otras realidades que aparentemente no sean Dios”*.

El significado más propio del vocablo “contemplación” es fijar la mirada y el corazón en las profundidades de Dios, como diría San Pablo. Contemplar es también observar lo que sucede dentro y fuera de uno, meditarlo, examinarlo, ponderarlo, profundizar en ello, descubrir su significado... Etimológicamente, contemplar significa “dirigir la mirada hacia el templo”. Ahora bien, ¿hasta dónde llega “el templo” para un vicenciano?. Ciertamente rebasa los límites de las iglesias y de las capillas, y llega hasta el mismo mundo. Bien explícitamente lo afirma la Constitución 10: *“Las Hermanas contemplan a Cristo a quien encuentran en el corazón y en la vida de los pobres...En una mirada de Fe ven a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo”*. Es decir, el lugar propio para la contemplación de una Hija de la Caridad es el mundo, la acción, la actividad, el trabajo, el servicio.

DIFICULTADES PARA LLEGAR A SER “CONTEMPLATIVAS EN LA ACCIÓN”

Nuestra cultura está atravesada por valores tan ambiguos como la eficacia, el pragmatismo, el utilitarismo. Lógicamente, estas notas culturales predominantes no facilitan la mirada profunda de quien va buscando el sentido de cada cosa. Los planteamientos de fe, que son siempre planteamientos profundos, apenas caben en una cultura donde predominan los ruidos, las imágenes y el ajeteo. A esta dificultad “exterior” podemos añadir las propias “zonas ateas”, que no dejan tomar en serio la inefable presencia de Dios en la propia vida y en los acontecimientos históricos. De

Vicente podemos admirar y aprender su fe viva, que le sirvió para encontrarse con Dios en la vida y en los acontecimientos.

CONDICIONES NECESARIAS PARA QUE LA HIJA DE LA CARIDAD PUEDA SER CONTEMPLATIVA AL “MODO VICENCIANO”

Se requiere tener capacidad de hacer lecturas sacramentales de la realidad. Se tiene esa capacidad si se sabe trascender los acontecimientos, si uno no queda enclaustrado en la superficie de los hechos, de las personas y de las cosas, sino que con los sentidos va más allá de los sentidos. Tengamos en cuenta lo que dijo el Zorro al Principito en la famosa obra de A. Saint-Exupéry: *“Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón”*. Jesús, en su Evangelio, supo ver más allá de las cosas. Así, por ejemplo, de los lirios del campo y de los pájaros del cielo, supo llegar a quien los viste y alimenta (cf. Lc 12, 25-28; Mt 6, 26-27). Del hombre de la mano paralizada, llegó al Padre que quiere su liberación y la de todas las personas (cf. Mt 12, 9-14; Mc 3, 1-6). El contacto con los pobres, los pecadores y los excluidos le llevó a descubrir a Dios apasionado y defensor de todos éstos, sus hijos predilectos (cf. Mc 2, 13-17; Mt 5, 17-26; 7, 2-17). Del silencio de Dios que experimentó en la cruz, llegó al Dios que está en el fondo de ese silencio (cf. Mc 15, 1-47). Y para despejar toda posible duda, no tuvo reparos en reprochar a los fariseos su torpeza y ceguera para descubrir el querer de Dios (cf. Mt 16, 1 ss.).

Dios está en la capilla y en el mundo. Si se nos permite utilizar este lenguaje, incluso podemos afirmar que está con más densidad en las situaciones humanamente más duras y entre las personas más carentes, porque Él las ha declarado sus predilectas. Los vicencianos no podemos caer en la trampa de pensar que para llegar a ser contemplativos hay que retirarse del mundo. Al llegar aquí, pienso en las Hermanas mayores e impedidas que están fuera de un servicio directo. Su oración es valiosa para la Compañía y para los pobres. De ninguna manera ellas pueden retirarse del mundo. Deben llevar a su oración la realidad dura de tantos pobres. Así, su contemplación resultará encarnada y su oración realista (cf. C. 17). Un vicenciano no puede contemplar fuera del mundo, como no se puede nadar fuera del agua. La siguiente parábola moderna nos explica esta evidencia:

- *Usted perdone, le dije un pez a otro, es usted más viejo y con más experiencia que yo. Probablemente podrá usted ayudarme. Dígame: ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano?. He estado buscándolo por todas partes, sin resultado.*
- *El Océano, respondió el viejo pez, es donde estás ahora mismo.*
- *¿Esto?. Pero si esto no es más que agua...Lo que yo busco es el Océano,*

replicó el joven pez, totalmente decepcionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte.

ALGUNOS CAMINOS CONCRETOS PARA “VER” A DIOS EN LA VIDA

* **Contemplarse, verse, orarse uno a sí mismo...como un don de Dios**, es decir, como alguien que ha surgido del amor de Dios. Cuando alguien en la oración “se interpreta”, se “ve” respaldado por quien le ha creado, necesariamente se llena de confianza, de gozo, de esperanza, de seguridad porque llega a la misma experiencia que llegó San Pablo: *“Sé de quien me he fiado”*. Aunque uno se vea muy carente y muy pecador, tiene que “entender” que es hijo de Dios. Y, a partir de esa realidad, hay que sacar conclusiones.

* **Contemplar, orar... la propia historia en clave de fidelidad**. No porque uno haya sido fiel, sino porque Él ha sido fiel. La fidelidad de Dios es más importante que la propia. Más aún, la fidelidad humana se apoya en la divina. Por eso, decimos que la fidelidad es, antes que nada, un don de Dios. Quien relea la propia vida, con unos centímetros de profundidad, se dará cuenta que Él ha estado en todos sus momentos: en los buenos, para invitarle a la alegría y a la fiesta; y en los duros, provocando en él una entrega confiada.

* **“Ver” a Dios en el mundo, en el servicio concreto que llevas entre manos**. En las situaciones duras, de abusos, de malos tratos, de desprecios, de desatenciones, que vemos en la vida, en los informativos de la televisión o de la radio, en los periódicos..., Dios se manifiesta en forma de **“no”**, en forma de rechazo, de condena... Por el contrario, en situaciones positivas, donde aflora el amor, el servicio desinteresado, la vida..., Dios se manifiesta como un **“sí”**, en forma de aprobación, de congratulación, de aceptación... He aquí una manera de contemplar la vida y de alimentar, desde la misma actividad, la propia vida. Dice la C. 16: *“Este servicio alimenta su contemplación (la de la Hija de la Caridad) y da sentido a su vida comunitaria”*.

Ciertamente, cuando una Hija de la Caridad trabaja y sirve bien desde el punto de vista vicenciano (no hablamos desde el punto de vista profesional), en el trabajo que está realizando (en el que sea), se está encontrando con el Señor. Y ese encuentro siempre resultará reparador. Por esta misma razón, afirma la Constitución mencionada arriba que el trabajo vicencianamente bien hecho, alimenta más que desgasta.

* **La oración prepara para la contemplación en la vida**. Todo está muy bien dicho en la C. 21: ...la oración diaria es uno de los momentos fuertes de la jornada...; las Hijas de la Caridad no pueden subsistir si no hacen oración...; hacen falta tiempos de

silencio... En la oración diaria la Hija de la Caridad graba la imagen de Jesucristo en su corazón, en su mente y en la retina de sus ojos para reconocerlo después en el servicio que tenga encomendado. Es el mismo rostro de Jesucristo contemplado en dos actividades distintas, pero interconectadas entre sí: la oración y el servicio.

PARA LA MEDITACIÓN Y LA COMUNICACIÓN

- Lectura meditativa de la conferencia de San Vicente del 18 de octubre de 1655 sobre el fin de la Compañía, IX, pp. 749 – 751.

- ¿Me resulta difícil llegar a “ver” y a “descubrir” a Dios en la vida y en el servicio que actualmente realizo? ¿Por qué? ¿En qué acontecimientos o situaciones, personales o exteriores a mi, me resulta fácil descubrir a Dios?

- La contemplación de Dios en las situaciones y en los acontecimientos lleva a la unidad de vida y a evitar dicotomías que terminan cansando. En tu vida, ¿existe alguna relación entre el posible cansancio y el agobio que producen las tareas encomendadas, y la falta de profundidad para saber interpretar el sentido que tienen dichos trabajos?

P. Javier ÁLVAREZ,
Director general

Pobreza e inmigración

Del 5 al 20 de septiembre de 2005, tuvo lugar en la Casa Madre el **primer Encuentro internacional de Hermanas al servicio de emigrantes**. Tema del encuentro: “*Portadoras de esperanza en un mundo sin fronteras*”. Sus objetivos eran, entre otros, comprender las causas de la globalización con sus consecuencias para los países más pobres; las causas y las consecuencias de la migración y sostener a las Hermanas que están al servicio de los emigrantes...

Ante el fenómeno del desplazamiento de población que se incrementa, es importante tener una buena información sobre la realidad del fenómeno migratorio en el contexto de la globalización para comprender los desafíos que se presentan cuando hay que actuar en favor de la defensa de los derechos humanos de los emigrantes en el mundo.

La Compañía se esfuerza por ayudar a los emigrantes y defender sus derechos, ellos que deben hacer frente, no sólo a la extrema pobreza engendrada por su situación de trabajadores clandestinos sino también a la constante amenaza de ser expulsados o privados de libertad.

A lo largo de este año, publicaremos las reflexiones presentando las verdaderas implicaciones humanas, económicas, políticas y sociales en las que la Iglesia tiene la vocación de comprometerse. Antes de entrar en las realidades concretas, publicamos, en este número, un artículo sobre nuestro modo de servir a los más pobres, hoy, dejándonos interrogar por san Vicente sobre nuestra responsabilidad con respecto a las pobrezas de ayer y de hoy.

SOR JULMA NEO

San Vicente de Paúl... y más allá: El servicio a los Pobres hoy

En esta presentación, desearía reflexionar con ustedes sobre algunos elementos esenciales de nuestro servicio a los pobres tal como lo encontramos en los escritos de nuestros Fundadores. Al mismo tiempo, procuraremos releer estos elementos a la luz del hoy. Veremos también los desafíos que nos presentan, y cómo han tratado de responder a ellos las Hermanas, a través de su servicio a los migrantes.

UNA MIRADA MÁS PROFUNDA A NUESTRO SERVICIO VICENCIANO A LOS POBRES, AYER Y HOY

1 - *El servicio vicenciano se dirige a toda suerte de pobres sin distinción.*

Nuestros fundadores sirvieron en su tiempo a una gran variedad de pobres: gentes del campo, niñas analfabetas, enfermos, niños expósitos, galeotes, mendigos, refugiados, víctimas de las guerras, etc. Todos ellos tenían en común esto: estaban necesitados de ayuda material y espiritual; masivamente abandonados por parte del Estado, de la Iglesia o de ambos. Estaban marginados y sufrían el rechazo social, como por ejemplo los niños expósitos. Eran víctimas de las condiciones socio-político-económicas de su tiempo.

La fidelidad a nuestro espíritu vicenciano nos pide que mantengamos la universalidad de nuestro servicio a los pobres. La misma fidelidad, sin embargo, nos lleva a preguntarnos: *¿Qué es nuevo, en este servicio universal a los pobres, hoy?*

En primer lugar, la universalidad de nuestro servicio, hoy, implica una "*caridad sin fronteras*", "*una caridad globalizada*", que llegue a todos los pobres de cualquier color, raza, religión, cultura, grupo étnico, afiliación política, género o edad. Una "*caridad sin fronteras*" nos lleva más allá de los campos conocidos del servicio a los pobres, incluso más allá de nuestras diócesis o de nuestros países.

En segundo lugar, un servicio universal significa también mirar más allá del *pobre tradicional* al que servimos e ir en busca de *nuevos pobres*, víctimas de la globalización, incapaces de sobrevivir a sus exigencias cada vez más deshumanizantes.

En todas sus exhortaciones apostólicas, después del Sínodo especial de los Obispos de cada continente, Juan Pablo II presentó constantemente a los migrantes como una de las prioridades de la Iglesia.^{xxviii} Hoy ningún país queda fuera de este fenómeno de la migración internacional, ya para enviar o para recibir emigrantes. Hay millones de migrantes a través del mundo y su número continúa creciendo todos los días.

2 - El servicio vicenciano está basado en una visión de fe y se caracteriza por un espíritu evangélico.

Todas las preocupaciones de Vicente en el transcurso de su vida giraron en torno a los pobres. Y sabemos que, su pasión por ellos era la que tenía por Dios, que le hacía correr a los pobres como a apagar un fuego. En la teología de hoy se diría que los pobres eran para él sacramento de Cristo: *“Pero, dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son éstos los que nos representan al Hijo de Dios, que quiso ser pobre... ¡Dios mío! ¡Qué hermoso sería ver a los pobres, considerándolos en Dios...”*^{xxix}.

Debido a esta visión de fe, Vicente insistía para que se sirviera a los pobres con espíritu evangélico, de sencillez, devoción, compasión, ternura, respeto, humildad y gran generosidad^{xxx}.

La fidelidad al carisma vicenciano nos invita a tener la misma visión de fe y el mismo espíritu evangélico en nuestro servicio a los pobres. Al mismo tiempo hemos de preguntarnos: *¿Esta visión de fe y este espíritu evangélico nos dicen algo nuevo hoy?*

La visión vicenciana del pobre como imagen de Cristo y el espíritu evangélico con el que debemos servirle, siguen siendo tan verdad hoy como ayer. De hecho, dado el contexto distinto en el que servimos hoy, el reto que se nos presenta es profundizar y fortificar esta visión de fe y este espíritu evangélico.

En las sociedades modernas, se pone mucho el acento en la eficacia y la productividad en todos los ámbitos del trabajo, así como en la tecnología y el profesionalismo. Nuestro servicio a los pobres no se ha librado de ese mito.

Ante la sutil deshumanización e instrumentalización del pobre, nuestra visión de fe y nuestro espíritu evangélico deben llevarnos a *“humanizar la técnica”* para poner el

profesionalismo al servicio de las personas y subordinar la eficacia y la productividad al valor de la persona pobre. En nuestra época de tecnología altamente impersonal, estamos llamadas a mantener un "enfoque personalizado" en nuestro servicio a los pobres.

Este servicio no es sólo un servicio humanitario, un proyecto de una ONG, o el de un grupo profesional cuyos miembros están unidos por intereses comunes. El servicio vicenciano es una llama que emana de un fuego que arde en el interior. Para nosotras, Hijas de la Caridad, es nuestra pasión por Cristo la que debe impulsarnos a un compromiso "apasionado" entre los pobres.

Una experiencia muy dolorosa de nuestras Hermanas que trabajan con los migrantes es verlos explotados por los mismos que aparentan querer ayudarles, por ejemplo las agencias de viaje, los "traficantes", empresarios, funcionarios del gobierno. Las agencias y los traficantes les chupan la sangre imponiéndoles cantidades exorbitantes de dinero para facilitarles su entrada en otro país o para legalizar sus papeles. Los empresarios, después de esas agencias, no respetan los contratos establecidos al principio.

Ante estas situaciones, un servicio de las Hijas de la Caridad a los migrantes, servicio motivado por la fe y prestado con espíritu evangélico, se convierte en una denuncia profética de esos contra-valores. Como nos dicen las Constituciones revisadas: "*Denuncian las situaciones que explotan y que excluyen a las personas*".^{xxxí} El trabajo con los migrantes exige una profunda vida espiritual y una gran sensibilidad a la presencia del Espíritu en situaciones que son completamente nuevas y que antes no conocíamos.

3 - El servicio vicenciano es un servicio integral a los pobres

En todas sus fundaciones, san Vicente insistió siempre en este servicio integral, usando una fórmula de su tiempo: «*servicio corporal y espiritual a los pobres*», para indicar el servicio a toda la persona.

La fidelidad al carisma vicenciano nos llama a asumir hoy ese mismo servicio integral. Sin embargo, hemos de preguntarnos: "*En este servicio integral a los pobres ¿qué es lo nuevo hoy?*".

En primer lugar, la manera de comprender a la persona humana ha evolucionado mucho en los últimos años. Hoy tenemos una visión más total. Hay también mayor sensibilidad respecto a la dignidad y a los derechos humanos, especialmente de los

pobres. Las personas tienen sus capacidades propias, sus dones propios y, por consiguiente, son capaces de tomar decisiones relativas a su vida y a su desarrollo.

Así, en nuestro servicio a los pobres, debemos considerarlos no simplemente como clientes, como objeto de nuestro servicio, sino como personas capaces de ser agentes de su propia promoción. Nuestras constituciones revisadas lo expresan bien: Ellas (las Hermanas) les ayudarán *“a tomar conciencia de su propia dignidad y a ser ellos mismos los agentes de su promoción”^{xxxii}*.

Además, el servicio integral a los pobres hoy nos llama a analizar las causas más profundas de la pobreza, a fin de que nuestro servicio no sólo remedie los efectos de la pobreza sino también reduzcan al mínimo sus causas.

Hoy, las distintas ramas de la familia vicenciana, han decidido ir más lejos que san Vicente. Pasan de remediar los efectos de la pobreza a la acción sobre sus causas más profundas, que se arraigan en estructuras socio-político-económicas injustas; evolucionan de una mediación personal a una acción colectiva profética. En nuestra última Asamblea general, decidimos trabajar por conseguir una transformación social y luchar contra las causas estructurales de la pobreza e integramos este compromiso en nuestras Constituciones revisadas^{xxxiii}.

Las causas de la marginación de los migrantes hoy están enraizadas en las mismas estructuras socioeconómicas que son el soporte de la globalización. Éstas se ven reforzadas por factores culturales, religiosos e históricos. Las Hermanas que trabajan con los migrantes sienten su impotencia, a veces con mucha intensidad, ante esta red de estructuras opresivas. Historias desgarradoras, muestran a los migrantes llevados al borde de la desesperación por el trato inhumano del que son objeto pero que, al menos, sobreviven y describen las crueldades de que son capaces los seres humanos: privación de comida, encierro en una habitación, agresiones verbales y sexuales, horas extras de trabajo sin pagar, retención de pasaportes, violencia... Tales son las quejas habituales de los migrantes. Las malversaciones de individuos o de grupos que los explotan y las estructuras sociales injustas son las causas de su marginación y de su opresión.

4 - El servicio vicenciano conlleva la cercanía a los pobres.

En la mente de los fundadores, quienes sirven a los pobres deben hacerlo en cercanía con ellos. Por eso insistían en la visita a domicilio.^{xxxiv} Vicente presentaba el servicio a los pobres *“en sus casas”* como señal distintiva de las Hijas de la Caridad, para diferenciarlas de otras religiosas que servían a los pobres enfermos pero *“en sus*

casas (de ellas)".^{xxxv} Habló con frecuencia de ver a los pobres "*con los propios ojos*" y quería que las Hermanas los sirvieran personalmente.

La fidelidad al espíritu vicenciano nos llama a salvaguardar esta cercanía a los pobres. Sin embargo, dadas las diferentes condiciones de nuestro tiempo, debemos preguntarnos: "*¿con relación a esta cercanía a los pobres, qué hay de nuevo hoy?*".

En primer lugar, esta cercanía requiere que estemos próximas a ellos física y psicológicamente, y nos llama a ver, oler, tocar y experimentar impresiones con ellos, a compartir sus esperanzas, alegrías y sufrimientos y sus sueños. Todo esto exige que no estemos encerradas en nuestros enclaves materiales o psicológicos, sino lo bastante cercanas a ellos como para permitir que influyan en nuestras vidas y en nuestras opciones. Podríamos trabajar con los pobres o visitarlos a menudo y, sin embargo, permanecer al margen de su pobreza en las opciones que hacemos cada día. El verdadero servicio vicentino no se separa de las otras dimensiones de la vida. La cercanía a los pobres significa también atención a los signos de los tiempos que les afectan.

El servicio entre los migrantes nos llama a una gran cercanía con ellos: física, psicológica y espiritual. Esto exige a menudo un acompañamiento prolongado, porque, con frecuencia, ante sufrimientos demasiado grandes, lo mejor que podemos hacer es estar con los que sufren. Esta cercanía a los migrantes puede implicar un estilo de vida totalmente diferente del resto de la comunidad, cuyo ritmo puede ser más o menos regular. Casos así pueden ocasionar algunas dificultades al principio, pero pueden convertirse en beneficio personal y comunitario. En caso de apostolado entre los migrantes es indispensable una comunidad local de apoyo.

5 - La caridad vicenciana es a la vez afectiva y efectiva.

Para Vicente, la caridad tiene un aspecto interior y a la vez otro exterior. El interior tiene que ver con nuestra motivación. "*¿De qué valdría llevar la sopa o las medicinas a los pobres, si el motivo de esta acción no es el amor?*".^{xxxvi}

Cuando la caridad es real, suscita iniciativas creativas. Vicente no era siempre original en lo que emprendía, pero ciertamente era muy innovador en servirse de los recursos que había en torno a él y en reunirlos de modo nuevo para que los pobres fueran mejor servidos. San Vicente estaba dotado de una gran intuición que le permitía captar la necesidad de un momento determinado y tenía la creatividad para abordarla con respuestas eficaces. Basta que leamos la historia de nuestros comienzos para darnos cuenta de la extensión de su creatividad.

Esto se ve con más claridad al considerar el modo como emprende sus obras. Todas ellas fueron organizadas como respuestas a *llamadas* discernidas en los acontecimientos. Para san Vicente, la organización era esencial para un servicio eficaz a los pobres: “*Los Pobres sufren más por falta de organización para aliviar sus penas que por falta de personas caritativas*”^{xxxvii}. Basta leer algunas de las instrucciones que dio a los Sacerdotes de la Congregación de Misión, a las Hijas de la Caridad y a las Damas del Hôtel Dieu, para tener una idea de aquella perspicacia en su organización^{xxxviii}.

La fidelidad al espíritu de Vicente nos llama hoy a ofrecer un amor afectivo y efectivo y nos lleva a interrogarnos: “¿*qué es lo nuevo sobre el amor afectivo y efectivo hoy?*”.

En primer lugar, hoy más que nunca, el amor efectivo debe ser creativo e inventivo ante formas de pobrezas múltiples, complejas y nuevas y ante el gran número de pobres que aumenta cada día. El amor efectivo a los pobres nos pide inventar nuevas formas y nuevos métodos de servicio. Esto significa que no hemos de limitarnos a obras de caridad o de asistencia, sino también que hemos de emprender obras para la promoción personal de los pobres y acciones en favor de la justicia orientadas a la transformación social y a liberar a las personas de las estructuras sociales opresivas. Trabajar para conseguir la auto-promoción de los pobres implica también pasar de ser “*la voz de los sin voz*” a ayudar a los pobres a levantar la suya para que hablen por sí mismos.

En algunas de las obras de Vicente, encontramos ya cierta “semilla” de auto-promoción de los pobres^{xxxix}. Lo que es muy nuevo en nuestro servicio actual es la convicción que debemos también luchar contra las causas estructurales de la pobreza. Esto forma parte de una nueva toma de conciencia que se ha desarrollado en el mundo en los últimos cincuenta años. Luchar contra las causas estructurales de la pobreza es comprometerse a trabajar por la justicia. En esta línea se están haciendo esfuerzos en las diversas ramas de la familia vicenciana, pero queda mucho por hacer.

Además, la promoción personal de los pobres y el trabajo en favor de la justicia, requieren servicios bien organizados: servicio a largo plazo y un planning que prevea la evaluación y la revisión. Esto supone que se trabaja con una red de recursos dentro y fuera de nuestra familia vicenciana, pues las exigencias de estos servicios superan la capacidad de un solo grupo.

Las Hermanas que trabajan entre los migrantes deben ser muy creativas, dadas las complejas necesidades a las que tienen que responder. El trabajo con los migrantes abarca una amplia gama de servicios: pastoral, social, legal y político, que ponen a las Hermanas en relación, no sólo con la Iglesia, sino también con grupos civiles, organizaciones privadas y estatales.

6 - El servicio vicenciano se lleva a cabo en colaboración

En su tiempo, Vicente animó siempre a la colaboración con los laicos, administradores, párrocos, obispos, con la realeza, con las damas, los municipios; animó a la colaboración entre los Misioneros y las Hijas de la Caridad. La fidelidad a este espíritu nos desafía por un lado a continuar el espíritu de colaboración de Vicente y por otro a ir más allá de lo que él hizo. Teniendo en cuenta la eclesiología y la naturaleza jerárquica de la sociedad de su tiempo, los esfuerzos de Vicente con miras a la colaboración fueron verdaderamente un avance sobre muchos de sus contemporáneos, pero no pudo escapar completamente a las limitaciones impuestas a esta noción por su contexto histórico. Por tanto, la fidelidad al espíritu vicenciano ha de llevarnos a preguntarnos: "*¿qué hay hoy de nuevo a nivel de la colaboración?*".

En primer lugar, se nos pide que ampliemos la esfera en la colaboración. Debemos colaborar con los pobres a quienes servimos, de modo que puedan trabajar junto con nosotras en su propia promoción. Debemos colaborar con diversas ramas de la familia vicenciana y con personas de diferentes tradiciones religiosas - Sintoístas, Budistas, Taoístas, Musulmanes, Protestantes, Ortodoxos - y con las ONGs y otros grupos civiles y eclesiales. Dada la precaria situación de la paz en el mundo hoy, es imprescindible colaborar con personas de otros credos. La colaboración con otros grupos eclesiales implica que nos insertemos bien en el plan pastoral de la Iglesia local.

Después, hay un nuevo espíritu que podría orientar nuestros esfuerzos hacia la colaboración: el espíritu de 'partnership' (asociados iguales) y de mutualidad. El espíritu de 'partnership' supone que permitamos a los que colaboran con nosotros participar en la toma de decisiones en nuestro servicio común, de modo que todos los que están implicados en él sean corresponsables. Este tipo de colaboración no es posible sin respeto, estima y aprecio hacia aquellos con quienes colaboramos.

Un verdadero espíritu de 'partnership' –según acabamos de indicar- llama a la 'mutualidad', es decir, a la voluntad no sólo de dar, sino de recibir de las personas a las que servimos y con las que trabajamos. Nuestras constituciones revisadas lo expresan bien: "*están abiertas para recibir de los pobres y dejarse evangelizar por ellos.*"^{xl} La

‘mutualidad’ es una expresión de humildad que reconoce nuestras limitaciones. Es la convicción de la profunda verdad de que, ante Dios, todos somos pobres y necesitamos la ayuda de los demás.

El servicio entre los migrantes no es posible sin la colaboración. No puede ser sólo un "proyecto de la comunidad". Nuestras Hermanas que trabajan con los migrantes cuentan con un amplio abanico de colaboradores: grupos de Iglesia, ONGs, embajadas y consulados, departamentos médicos y sociales, organizaciones privadas, etc. En Asia y en países donde los Cristianos son una pequeña minoría, nuestras Hermanas trabajan con personas y grupos de religiones y ritos diferentes. El trabajo entre migrantes es un terreno rico para el diálogo interreligioso.

CONCLUSIÓN

Permítanme terminar con un poema escrito por una Hermana de mi Provincia y con el ‘sueño’ de Juan Pablo II para Europa.

Pueblo en búsqueda, pueblo caminante

Han dejado su hogar y su patria, con un corazón que tiende hacia adelante y, a la vez, rezagado mirando atrás.

En las alas de la esperanza, se arriesgan y suben más allá de sus temores; arriesgan sus vidas para realizar sus sueños. Se aferran a la certeza de que puede haber posibilidades.

Así, en esa tierra, lejos de su hogar, en el sufrimiento del duro trabajo o privados de las comodidades de la vida, siguen adelante...

Porque en su casa, que han dejado, queda una familia en espera de ser liberada de los mecanismos de la pobreza... un enfermo a quien aman... hijos que tienen que ir a la escuela... o jóvenes cuyo futuro depende solamente de la constancia de quien gana el sustento...

Piensan que no pueden volver atrás, aun cuando las condiciones sean injustas...

Y se quedan... y mantienen su silencio, ocultando su dolorosa verdad a la familia y a sus amigos, quizás, hasta que haya corazones que escuchen, manos que curen, para romper los lazos que los encadenan.

En su exhortación Apostólica, ***Ecclesia in Europa***, nº 102, Juan Pablo II dijo: *"Una convivencia pacífica y un intercambio de la propia riqueza interior harán posible la edificación de una Europa que sepa ser casa común, en la que cada uno sea acogido,*

nadie se vea discriminado y todos sean tratados, y vivan responsablemente, como miembros de una sola gran familia”.

Que este sueño sea el sueño de cada una de nosotras, no sólo para Europa sino para el mundo entero. Rogamos por todos los que, al servicio de los migrantes, se esfuerzan por hacer que este sueño sea realidad.

Sor Julma NEO
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Gijón (España)

El Premio Príncipe de Asturias, Un galardón de renombre internacional

La actualidad
en
las Provincias

La Compañía de las Hijas de la Caridad, ha sido distinguida con **el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia** por su *“excepcional labor social y humanitaria en apoyo de los más desfavorecidos de la sociedad, durante casi cuatro siglos...”*. Con estas palabras el jurado de estos prestigiosos galardones lo anunciaba, el pasado mes de septiembre de 2005, a los medios de comunicación.

Ha sido un *“regalo”* para la Compañía y para los pobres. Este premio, es una ocasión más para unirnos en acción de gracias, alabanza y súplica al Padre Dios, por tantas Hijas de la Caridad que, durante años, han realizado un servicio impecable, desde una auténtica y humilde actitud de *“siervas”*, desde el silencio, los segundos planos y por amor. *De generación en generación*, la Iglesia ha sido testigo de cómo la fidelidad de Dios se ha hecho realidad en la Compañía. Cómo San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, han velado e intercedido al Padre, para que nos mantuviéramos fieles a nuestros orígenes.

Este premio ha sido un reconocimiento gozoso y a la vez sencillo, de esa gran cadena de caridad y evangelización que comenzó en 1633 y que se ha mantenido hasta hoy. Y así, como si de una película se tratara, el día 21 de octubre, pasaron ante nosotras muchas imágenes de Hijas de la Caridad que han sido:

- *“Miradas”* hacia los más desfavorecidos y deprimidos de la sociedad. En sus ojos ellos han descubierto el perdón, la compasión, el cariño, la comprensión y la esperanza.
- *“Palabras”*, que comunican esperanza, consuelo, ternura...
- *“Oídos”* que escuchan a todos los que se han acercado a ellas con angustia, dolor, temor, desesperación, y hacen propios sus dolores y sufrimientos.

-“Manos” que han servido a los más vulnerables de nuestra sociedad: enfermos, marginados, ancianos, refugiados, presos, niños, adolescentes, jóvenes, excarcelados, drogadictos, mujeres maltratadas,...

Hijas de la Caridad que continúan sirviendo, trabajando y educando a los más necesitados de nuestra sociedad, siendo así prolongación del amor creativo de Dios en los cinco continentes. Ellas han entendido y siguen entendiendo que hay que trabajar y servir desde el convencimiento de que se puede vivir la globalización como apertura, y la riqueza, como hermanamiento.

En este premio estamos todas; en Oviedo sentíamos el latido de las más de 21.000 Hijas de la Caridad presentes hoy en el mundo, de los 94 países. Y con nosotras estaban también las miles y miles de Hijas de la Caridad que, desde 1633 han entretejido esa *gran cadena de fidelidad*. En el *teatro Campoamor*, donde tuvo lugar la entrega del premio, se sentía el reconocimiento por la labor de la Compañía en favor de los pobres.

Antes de la entrega del Premio, presentamos un power-point para dar a conocer la Compañía en el mundo. Después, en el transcurso de un forum con todos los participantes, escuchamos el testimonio de las cinco Hermanas que acompañaron a Madre Évelyne Franc y a Sor Rosa María Miró, Consejera general de España.

De Asia, nos llegaba la voz de la India, a través de Sor Jaisamma Joseph, que comunicó con sencillez los esfuerzos de las Hijas de la Caridad en Asia para conseguir la justicia y la paz, a través de los más humildes servicios. Recientemente nuestras Hermanas del Este de Asia han hecho frente a dos grandes desafíos de las catástrofes naturales: las Hermanas de Indonesia, Tailandia y la India se han implicado mucho en la asistencia a los afectados por el Tsunami y enfermos del SIDA. Decía: « Muchos enfermos están abandonados por sus familias y por la sociedad en general. Cuando las personas se sienten queridas, aceptadas y cuidadas por las Hermanas, se dan muchos cambios en ellas. Hemos visto que, debido a esta aceptación y amor, muchos se vuelven a Dios, en fe y esperanza. Yo he tenido el gozo de servir a estos enfermos del SIDA en la India, y por eso hablo desde mi propia experiencia. El principio básico que siempre tenemos presente es respetar como persona humana al pobre y necesitado a quien servimos. Con nuestro respeto, tratamos de devolverles el sentimiento de su dignidad y el respeto a sí mismos. Los consideramos como a nuestros hermanos y hermanas a quienes debemos nuestro servicio, como nos decía nuestro fundador San Vicente: "*los pobres son nuestros Señores*" ». Con gran emoción acogíamos esta comunicación que nos hablaba de una entrega delicada y generosa, apasionada y humilde, subrayando

cómo se está trabajando en este continente en forma de proyectos, para así dar continuidad y garantía al servicio realizado.

Sor Christine Chinye, de Nigeria, expresó la riqueza del pueblo africano que desea tanto la paz y la concordia. La misión de la Compañía en este continente requiere creatividad para responder a las numerosas pobreza soportadas por sus habitantes. Así nos decía con sencillez: *“El continente africano resplandece de belleza, encanto, bondad y esperanza. Pero más allá de esta realidad, hay urgencias elementales, provocadas por factores políticos, geográficos, económicos, culturales, religiosos y otros. Esto lleva consigo muchos males sociales, relacionados con la corrupción, la pobreza y la miseria”*. Ante tal situación las Hijas de la Caridad trabajan en el ámbito sanitario, de la Pastoral juvenil y familiar, promoción de la mujer, trabajo con niños de la calle, lucha contra el SIDA, contra el hambre y la hambruna... Y terminó diciendo: *“Gracias a las numerosas vocaciones religiosas y sacerdotales, el futuro de África parece optimista. Esperamos que con la salvaguarda de sus valores, la cooperación de todos y el apoyo económico global, África cambie de rostro y que sus recursos humanos y naturales sean mejor administrados y así contribuya más a la construcción de un mundo mejor”*.

Sor María Yonide, de Haití, nos trasladó al otro lado del Océano, a América, continente rico en recursos, culturas, posibilidades... pero también un continente lleno de contrastes donde se entremezclan la riqueza y la pobreza extrema. Ante los desafíos que presenta esta sociedad, la Compañía trata de responder a las pobreza más urgentes. Una sonrisa iluminó su rostro al compartir las esperanzas que ella descubre en este continente: *“Los desafíos que debemos afrontar son muchos, pero América es el Continente de la esperanza, con su diversidad cultural, la entereza y alegría de vivir y la solidaridad que caracteriza a sus pueblos. Valores que nos hacen pensar que la paz y la armonía son posibles, gracias también a un buen gobierno de las naciones. En el fondo de nuestros corazones, mantenemos la esperanza de un mundo mejor, donde el amor y la fraternidad prevalezcan sobre la intolerancia, la injusticia, la discriminación y la miseria”*.

De Japón nos llegaba la sonrisa y sencillez de Sor Xavier Imoto Yuriko. Exponía la realidad de Asia oriental, de su diversidad religiosa y cultural, cuna de las grandes religiones del mundo: Cristianismo, Islam, Budismo, Hinduismo, Sintoísmo. Los contrastes entre ricos y pobres son una gran realidad. Nos habló también de Asia como el continente de la juventud. Con detalle nos fue exponiendo la tarea de las Hijas de la Caridad en hospitales, colegios, cárceles, visita a domicilio, ancianos, pero, sobre todo, nos presentó los desafíos asumidos por la Compañía: globalizar la caridad colaborando con otros organismos para trabajar en la promoción de la persona.

Al final, Sor Asunción García, de España, compartía la realidad del continente europeo, presentando características actuales y pasadas. La labor de las Hijas de la Caridad se extiende en todo el continente. Tratan de dar respuestas creativas y audaces a las situaciones de pobreza. Y subrayó *“la importancia de trabajar, desarrollando la sensibilidad por lo universal, desde la solidaridad y la lucha por la justicia, eliminando de las estructuras sociales, la exclusión”*. Invitó a las personas presentes en el foro a unirse al deseo de la Iglesia y de la Compañía: *“Hoy, las Hijas de la Caridad, la Iglesia, quieren colaborar con los hombres de buena voluntad, por crear una Europa con rostro propio, una Europa que sea capaz de crear relaciones de justicia, solidaridad, y de paz, de manera que: allí donde hay sufrimiento, haya consuelo. Allí donde hay pobreza, haya solidaridad. Allí donde hay deseo de justicia, haya su realización. Allí donde hay discordia, haya dialogo y armonía. Allí dones hay exclusión, haya respeto a la persona y a las culturas. Allí donde hay egoísmo, haya amor e inquietud por el bien común”*.

Con este premio se ha reconocido una labor, pero se ha encendido una luz; se ha abierto una ventana al futuro. Ser energía de vida, palabra, gesto, oración y compromiso hacia los más desfavorecidos, los excluidos y los más vulnerables de nuestra sociedad, con el fin de ser rostro de Cristo y Buena Noticia en la Iglesia.

En Oviedo, descubrimos, una vez más, que estamos llamadas a *“multiplicar”* el premio, como *Jesús multiplicó los cinco panes y los dos peces*. Allí estábamos 7 hermanas representando a la Compañía. Una rica experiencia donde sentíamos cómo las Hijas de la Caridad, fieles a su ‘Sí’ a Dios, compartían estos *cinco panes y dos peces* elaborados con su trabajo, sacrificio, abnegación, pasión por el pobre. Al recibir este premio, nos sentimos obligadas a redistribuirlo con quiénes se *“reclinan sobre la hierba”* y esperan que el maestro les dé de comer.

Políticos, periodistas, economistas e intelectuales nos mostraban su felicitación y alegría, como también la gente sencilla de la calle, los jóvenes, ancianos, niños... y en nuestro interior escuchábamos las palabras de Jesús: *“Te doy gracias Señor porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”* que somos.

Con este Premio hemos recibido la tarea de ser sembradoras de paz, artífices de encuentros. Nos sentimos urgidas a compartir lo que cada día recibimos de Dios, con las personas que se acercan, con sencillez, a nosotras para pedirnos algo de: *escucha, cuidado, compañía, consuelo, orientación, aceptación, apoyo, cariño...* Sí, como los 5.000 hombres que se saciaron con *cinco panes y dos peces*, las Hijas de la Caridad

estamos llamadas a “*presentar*” a Jesús como el único que sacia el corazón de los hombres pobres y sufrientes. Dios quiere que seamos merecedoras de esas palabras que nos dirigía el jurado cuando afirmaba: “... *es un premio por la Promoción en todo el mundo de los valores de la justicia, la paz y la solidaridad*”.

Este premio no nos puede llevar al orgullo y a la vanidad. Al contrario, ha de llevarnos a un reconocimiento ante Dios y ante los demás de nuestra frágil condición y nuestro deseo humilde de “*ser*” auténticas Hijas de la Caridad. Las palabras del Príncipe de Asturias en su discurso, al dirigirse a las Hijas de la Caridad, nos indicaban el camino: “*el amor nos enseña que el auténtico ascenso consiste en descender hacia los humildes*”.

Madre Évelyne se expresó en estos términos:

“¡El Amor y la fidelidad se encuentran. La justicia y la paz se besan!... He comenzado esta breve y sencilla intervención, evocando las palabras del Salmo 84, que tan bellamente enlaza la justicia y la paz. La justicia y la paz se buscan, son inseparables...

Nuestra sociedad anhela vivamente un mundo sin fronteras, un mundo donde no existan barreras entre los que tienen y pueden y los que están desprovistos de todo. Cada vez más, nuestros contemporáneos, especialmente los jóvenes, sienten la urgencia de edificar un mundo nuevo, más solidario, fruto de la globalización del amor. Un mundo nuevo, una familia de pueblos que comparten equitativa y solidariamente los bienes de la tierra, destinados a todos los hombres. Un mundo que, en el fondo, casi sin saberlo, tiene necesidad de fe y de esperanza, tiene hambre de Dios.

Vivir la solidaridad, compromete a ir más allá y más lejos en la defensa de la vida, a veces amenazada en su integridad a causa del egoísmo de unos pocos. Vivir la solidaridad compromete a ir más allá y más lejos en la búsqueda de recursos suficientes que permitan mejorar las condiciones de vida de quienes están condenados a sobrevivir, ya sea perdidos en el laberinto de la marginación, o forzados a dejar su país en frágiles pateras, vergüenza de nuestra sociedad. Vivir la solidaridad es un desafío para nosotras Hijas de la Caridad, llamadas a continuar en el mundo la misión de Jesucristo, evangelizador y liberador de los pobres, impulsadas por san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac, nuestros Fundadores, amigos de los pequeños y necesitados.

Nos sentimos felices, agradecidas de poder entregar nuestra vida al Señor para gastarla en el servicio de nuestros hermanos y hermanas. Como un torrente de vida, la historia de la Iglesia está repleta de bellísimas páginas escritas con el lenguaje humilde y sencillo del servicio a los necesitados, con el lenguaje silencioso de una generosidad creativa. La Compañía de las Hijas de la Caridad, intenta colaborar modestamente, en

la construcción de la civilización del amor, donde la justicia y la paz brillen para siempre...”.

Cuando Sor Évelyne Franc recibía el premio de manos del Príncipe Felipe, teníamos la impresión de oír a todas las personas a las que servimos, decirnos: Os pedimos que continuéis siendo personas generosas, que continuéis dando vuestra vida a Dios y a los pobres; no tengáis miedo en crear estructuras humanas donde todos los excluidos, los marginados, nos sentamos reconciliados con la sociedad.

Este Premio, sobre todo nos recuerda que, cada mañana, recibimos de Dios otro gran Premio: la posibilidad de ser Su sonrisa, Su mirada, Sus manos, para testimoniar su Amor.

Sor Asunción GARCÍA
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Madagascar

El agua de la reconciliación

El designio de Amor de Dios continúa su camino para llegar a la humanidad, a pesar del mal, la guerra, el odio, las catástrofes de todo tipo. Dios no cesa de llamarnos a trabajar con El. Dios es Amor, y quiere la felicidad y la salvación de todo hombre.

Sensibles a los signos de los tiempos, hemos recordado lo que san Vicente decía: *“Hijas mías...Tenéis que estar en esta disposición de ir a cualquier parte...En Madagascar nuestros padres nos piden que les enviemos algunas hijas de la Caridad, que les ayuden a atraer a las almas. Disponeos, pues, hijas mías, y entregaos a Nuestro Señor para ir adonde a Él le plazca.”* (S.V., 29 septiembre 1655, CEME, N° 70)

En la isla de Madagascar hay 20 diócesis; los Sacerdotes de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad trabajan, desde hace más de 100 años, en 6 de esas diócesis, entre ellas en la de Ihosy.

Mi presencia en Ankadilambe

En 2004, durante mis estudios de asistente social, me enviaron a hacer las prácticas a uno de los pueblos de la diócesis de Ihosy: Ankadilambe (cuya superficie no superaba un Km²). Los habitantes de ese pueblo son principalmente inmigrantes de la costa este, en su mayoría protestante. Su número se eleva aproximadamente a 1000 personas. En 1954, cuando los Padres y las Hermanas llegaron a este pueblo, no fueron bien acogidos y no conocieron la razón.

La situación de la diócesis de Ihosy

La diócesis se encuentra en la región de Fianarantsoa, cuya gran estepa sirve de pasto para la cría de vacas. En la época colonial fue abandonada y lo es aún por la República actual. Los cristianos representan el 15% de la población. Es una región ocupada por una tribu nómada muy reservada, los Baras. Éstos se sienten olvidados por el Estado (Fanjakana) y por la Iglesia (Fianganana). La escolarización comienza, ahora,

a tener influencia sobre ellos. La mayoría son labradores, ganaderos, vendedores de vacas y cebúes. El cultivo y la ganadería son las principales riquezas de esta región. La mentalidad en el seno de este pueblo es que “un hombre no tiene posición social notable si no tiene bueyes”. Las infraestructuras existentes son: la oficina del Ayuntamiento, y dentro del pueblo, un templo luterano y una escuela oficial.

¿Cómo crear una relación de confianza con los habitantes del pueblo?

El primer tiempo de mis prácticas, consistía en conocer a la gente a partir de las visitas a domicilio, intercambios y reuniones con las familias. Descubro que, desde hace años, el registro civil es casi inexistente. Para corregir este fallo de identidad, una sensibilización progresiva ayuda a las personas a hacer los trámites en el ayuntamiento y ante las autoridades civiles. En dos meses se hicieron 46 partidas de nacimiento y 18 carnés de identidad. Esta campaña “carné de identidad nacional” y “partidas de nacimiento” se comprobó que era necesaria porque una persona que no está censada en su país pierde todos sus derechos y deberes con respecto al Estado.

En un segundo tiempo, con otras personas del pueblo, creamos una asociación para:

- Un proyecto de desarrollo humanitario para el cultivo de arroz y verduras.
- Un proyecto de canalización de agua potable. Después de hacer tramites administrativos, una ONG protestante, acepta financiar este importante proyecto porque el pueblo es uno de los lugares más contaminados de enfermedades parasitarias: amebas, bilharziosis, etc...

Descubrí, también, una historia de pueblo en litigio con la Iglesia católica. En efecto, en 1950, la misión católica había creado una escuela de agricultura y de ganadería. Un día, se escaparon unos bueyes. Siguiendo la pista, las encontraron en el pueblo vecino de Ankadilana. La misión católica acusa de robo a los vecinos de ése pueblo y el asunto llega al tribunal. A partir de ese momento, los pocos católicos se convierten al protestantismo (luteranos) y recomiendan a sus descendientes que desconfíen del catolicismo. Esto explica la indiferencia del pueblo frente a la Iglesia católica desde hace más de 50 años.

Mi presencia en este pueblo, intrigó a la gente: “¿Por qué hace unas prácticas en este pueblo donde no hay Iglesia católica? ¡Nosotros no la hemos llamado!”, me dijeron. Les respondí: “la caridad no debe hacer distinciones, nosotras estamos para todos”. Al principio, me llamaban irónicamente “la Hermana de los protestantes”.

Un día, dos Ancianos del pueblo me contaron la historia del robo de los bueyes, ignorada por las generaciones jóvenes. Ésta fue la ocasión y el comienzo del diálogo. Más tarde, escuchando la radio, algunos de los habitantes oían rezar el Ángelus y me

dijeron: “Explíquenos esto: Dios te salve María”. Un poco más tarde, tuve la ocasión de hablar de las Apariciones de Lourdes y de las de la rue du Bac con la Medalla milagrosa.

Después, me pidieron que les acompañara a ver al Obispo para contarle ésta historia que él ignoraba totalmente. Le pidieron también la construcción de una pequeña iglesia católica y de una pequeña gruta como la de Lourdes, para ponerla sobre la fuente. Era una manera de insinuar su sed de beber en la fuente del Corazón de Dios. Pero, si esto no era posible, que la gruta la construyera en la colina, al pie de la cual está el pueblo.

Dos semanas antes de terminar mis prácticas, tuve la alegría de asistir a la inauguración del depósito del agua, de las fuentes puestas en los barrios del pueblo y de una estatua de la Virgen colocada a medio camino de la parte alta de la colina. Así, María, Madre de la Reconciliación, vela sobre el pueblo de Ankadilana, donde católicos y protestantes beben en la misma fuente bajo su mirada vigilante.

Al dejar el pueblo, pedí a los Padres y a las Hermanas de Ihosy (a 3 Km.) que continúen el acompañamiento de estos campesinos.

Sor Marie-Madeleine RAZAFIARISOA
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Nigeria

La nueva misión de Binde (Ghana)

Binde es un pueblo situado en el extremo norte de Ghana, en la Diócesis de Navrongo-Bolgatanga. Los habitantes pertenecen a la tribu de los Mamprusi; hablan el Mamprusi y están rodeados por los Bimobas. Las gentes de Binde son un pueblo muy religioso: la mayoría está formada por creyentes tradicionales; otra mayoría son Musulmanes y los Cristianos son una minoría. El 5 de junio de 2003, 4 Hijas de la Caridad fueron destinada allí: tres, para prestar nuestro servicio en el hospital rural, en un trabajo de colaboración con la diócesis. Y una se encarga de un puesto de enseñanza y de colaborar en la pastoral.

Hospital rural

Las tres, al trabajar en el hospital, hemos descubierto que la población local debe comprender la necesidad de un tratamiento médico y la importancia del hospital. En efecto, su creencia tradicional en el brujo, les impide venir para un tratamiento médico, salvo en caso extremo. El índice de mortalidad infantil ha aumentado debido a la malaria y a la anemia; y en los adultos, debido a las mordeduras de serpientes. Nuestro principal objetivo es hacerles tomar conciencia de la importancia de la limpieza y de la higiene.

Enseñanza

Gracias a una sencilla y rápida encuesta antes de incorporarme al trabajo en las escuelas, descubrí que la última generación no daba importancia a la educación, considerándola como una pérdida de tiempo, un tiempo que debía utilizarse de otra manera. Esto ha afectado a su nivel de instrucción hasta hoy, porque la mayoría de los padres no dejaban a sus hijos a ir a la escuela, a excepción de unos pocos. A sus hijos inteligentes los mandan a hacer pastar a los animales, mientras que los hijos menos inteligentes van a clase. Al preguntar a los padres la razón, dicen que es más provechoso que los niños inteligentes se ocupen de los animales porque pueden contarlos correctamente, mientras que, los que ellos llaman “tontos” no pueden ni reconocerlos ni contarlos.

Segura con esta información, decidí hacerme amigos entre los chicos y chicas que guardan los rebaños. Después de un tiempo de familiarización, decidí organizar unas clases para ellos mientras que los animales comían la hierba. Su número aumentó de día en día y su interés por ir a la escuela creció gracias a los grupos de los niveles A B C D. Desafortunadamente no pude continuar con ellos cuando llegó la estación seca; debían ir muy lejos a buscar pastos para sus animales, pues el sitio es casi desértico. Además, no tenía ningún medio para recorrer esta distancia, mientras que ellos tenían unos burros. Sin embargo, las clases dieron fruto de otra forma, pues la mayoría de estos chicos y chicas, han podido, por fin, seguir las clases según su nivel.

Pastoral

En el ámbito de la evangelización, la Sociedad de los Misioneros de África (Padres Blancos), trabajó en la región durante veinticinco años y puso en marcha cincuenta y cuatro lugares de culto dependientes de la parroquia de Bumkprugu. Estos están subdivididos en cuatro zonas con dos catequistas que trabajan en colaboración con los sacerdotes. En razón de la distancia entre los lugares de culto, que va de 2 a 40 kms con carreteras en muy mal estado, incluso sin ninguna carretera, sino con senderos por

los que sólo se puede ir a pie, debido a la falta de personal y al analfabetismo, en la mayor parte de los lugares, incluido Binde, no han aprendido los rudimentos de la fe. Además, los sacramentos son algo extraño para ellos, sobre todo el del matrimonio. Decidimos hacerles una propuesta pastoral tal y como la vivían anteriormente. Ante las dificultades reales, decimos con el sacerdote de la parroquia, hacernos cargo de 4 lugares de culto. Comenzamos la catequesis y la enseñanza sobre los sacramentos, particularmente el del matrimonio. Cuatro matrimonios han celebrado su matrimonio en la iglesia. Como la poligamia que es la forma de matrimonio más extendida, es verdaderamente un acto heroico optar por una sola mujer. Por eso, esos primeros matrimonios, desde la fundación de su parroquia, han atraído a muchos musulmanes, a tradicionalistas, a creyentes de otras confesiones cristianas. Fue una ceremonia que causó una alegría y un fortalecimiento en la vida de estos matrimonios y de estos nuevos convertidos a la Iglesia. Hicieron una tarta, la comieron y, por primera vez, esto fue algo que puso de relieve este acontecimiento. Esta ceremonia tuvo lugar el 17 de abril del año pasado. Fue la ocasión para muchas personas de convertirse a Cristo. Todavía hablamos de esto hoy.

Sor Bernardine PEMI
Hija de la Caridad

TESTIMONIO DE LAS HERMANAS

Provincia de Barcelona

¡Una Navidad distinta!

Introducción

Hace un mes celebrábamos en Tortosa el décimo aniversario de la Casa de Acogida “El Xiprer”. Recordábamos los servicios dados a personas que recorren pueblos y ciudades para buscar dónde asentar sus vidas. La Iglesia de Tortosa, desde sus Cáritas parroquiales sostiene esta importante obra social. Las Hermanas aportan todo su tiempo en la casa de acogida y las ayudan numerosos voluntarios.

Dada su manera de estar junto a los pobres, no es de extrañar que Dios les haya visitado la noche de Navidad, con un nacimiento colectivo de personas, entre ellas, niños. Desearíamos que no haya navidades como ésta y, que en caso de haberlas, siempre encuentren a las Hijas de la Caridad preparadas para celebrarlas compartiendo. Veamos los hechos.

Sor Rosa Mendoza.
Corresponsal de los Ecos

Navidad 2005

Noche del 24 de diciembre, terminada la Misa del Gallo. Apenas pasada la media noche, a la una y media, una casa del casco antiguo se desploma. Los padres y un niño de dos años, justo acaban de salir a la calle en plena noche. Alertados por ruidos sospechosos, que les despiertan y dan tiempo a dejar la casa. Se le suma otra familia con cuatro hijos y un grupo de ocho hombres pakistaníes... todos “han vuelto a nacer”.

Se movilizan bomberos, guardia urbana... ¿Dónde encontrar posada, a media noche?. Las pensiones y hoteles están llenos... El Sr. Alcalde, Concejales de Servicios Sociales y guardias urbanos los acompañan hasta la casa de Acogida de Cáritas. Aunque un poco apretados, hubo un lugar para todos.

El misterio de Navidad

Estas personas, que salvaron sus vidas, vivieron este acontecimiento como un nuevo “nacimiento” para ellos. ¡También lo ha sido para nosotras!. Con afecto los hemos acogido durante tres días, aceptando, también, las complicaciones que “todo nacimiento” trae consigo: preparar desayuno, comida, cena, atención y escucha a cada persona... Ellos eran el centro que nos absorbía casi por completo. Nos acordamos de María y de José; ellos también buscaron un refugio.

Este año, hemos experimentado lo que sucedió en Belén. A través de este trágico hecho, Jesús se nos manifestó, invitándonos a abrir nuestro corazón.

Como María que meditaba todos esos acontecimientos en su corazón, Navidad, este año, nos habló de manera particular; con motivo de este suceso que se produjo, también de noche, tuvimos la alegría de servir a Cristo en nuestros hermanos en dificultad.

El mensaje de Navidad resonó de modo particular a lo largo de esos tres días de compartir vida. Como María y José, pudimos acoger, no a unos pastores sino a personas en situación de pobreza. Pedimos al Niño Dios por estas familias y por todas las personas en necesidad; que seamos siempre solidarios en toda situación de angustia.

La Comunidad de Tortosa

PALABRA DE LOS POBRES

Provincia Francia-Sur

**“Al oír esto Jesús,
quedó admirado” (Lc 7, 9)**

Isabel, mamá de dos niños: Marie (11 años) y Baptiste (8 años), descubre que tiene un cáncer. Para que sus hijos no pierdan un año escolar a causa de su enfermedad, y como consecuencia de una cierta angustia mal asumida, Isabel (la mamá) escogió desde el principio de su enfermedad explicarles su realidad: hospitalización, exámenes médicos, intervenciones quirúrgicas que debía padecer, tratamientos de quimio y radioterapia con sus consecuencias físicas y morales, etc.

Después de varios meses de tratamiento, Isabel intenta vivir de lleno su vocación de madre. Con su marido, tiene la preocupación por la educación de sus hijos y desean que la enfermedad no cambie el ritmo de vida y los proyectos de Marie y Baptiste.

Marie sigue de cerca el estado de su madre e intenta cada día vivir lo mejor posible lo que tiene que vivir: hacer sus deberes, participar en las actividades culturales y en los grupos de los que forma parte, visitar a sus abuelos y jugar con sus compañeras, cuidar a su hermanito, obedecer a sus padres... Baptiste, menos consciente de la dramática situación que atraviesa su mamá, busca por todas partes su presencia y su afecto; y prefiere jugar y acompañar a su padre en el tractor en lugar de hacer sus deberes escolares.

Una noche, el dolor se hizo insoportable y obligó a Isabel a ingresar en el hospital. El padre y los niños la visitan regularmente, pero Marie constata que su mamá cada vez está más cansada y que las visitas deben ser cada vez más cortas para permitirle dormir. El padre intenta retener sus lágrimas delante de su mujer y sus hijos. Marie comprende que la gran despedida se acerca para su mamá.

Algunos días más tarde, Marie juega con sus compañeras y su padre, llorando, la viene a buscar. Ella comprendió que su mamá había muerto. Con su padre y su hermanito, irá a ver a su mamá y rezar a su lado. De vuelta a casa, Marie llora con su

padre y sus abuelos; después, al darse cuenta de la gente que venía a su casa, dice a los miembros de su familia: *“debéis ser fuertes; no debéis llorar delante de la gente”*.

Unos días más tarde, después del entierro, Baptiste debe participar en una competición escolar de natación. Está triste y no quiere ir. Marie le dice: *“¡Vete, Baptiste! A Mamá le hubiera gustado tanto verte, con el traje de baño, participar en la competición. Debes ser fuerte. Para dar gusto a mamá, tienes que ir”*! Poco a poco, se dejó convencer por las palabras de su hermana y aceptó ir al colegio y participar en esa competición.

La maestra de María propuso a todos los alumnos de su clase que le escribieran unas palabritas o que hicieran un dibujo para manifestarle su afecto y su apoyo en esta prueba. Después de haber reflexionado un largo momento, Chantal le escribe: *“Marie, estoy de todo corazón contigo. ¿Sabes? Cuando necesites a tu mamá, te pones en un rincón, en silencio y piensas mucho, mucho en ella; estará cerca de ti y la escucharás”*.

Unos días más tarde, Marie vuelve a ver a Chantal y le dice: *“Gracias por lo que me escribiste. Tu cartita es la que más me ha gustado. Y lo que dices es verdad: la otra noche, soñé con mi mamá y me dijo: Marie, estoy a tu lado; si necesitas de mi, puedes hablarme y en el silencio, me puedes escuchar.”*

Sor Vincent,
Hija de la Caridad

NOTICIAS BREVES

Encuentro Interprovincial de Visitadoras y Ecónomas de las Provincias eslavas.

Gracias a la iniciativa de Sor Zofia Daniscakova, Consejera general, tuvo lugar del 6 al 10 de octubre de 2005, en la Casa provincial de Ljubljana (Provincia de Eslovenia), el primer encuentro de Visitadoras y Ecónomas provinciales de las Provincias eslavas (Polonia: Chelмно-Poznan, Cracovia, Varsovia; Eslovaquia y Eslovenia) con Sor Rita Ferri, Ecónoma general.

Sor Rita nos clarificó mucho sobre las cuestiones relacionadas con el trabajo de las Ecónomas, sobre todo con relación a la elaboración de las cuentas de la Provincia. Todas las participantes aprovecharon mucho el encuentro. Lo que más apreciaron fueron las conferencias de Sor Rita, en las cuales les dio orientaciones muy claras sobre su tarea según las nuevas Constituciones, con el espíritu de siervas de los pobres. La pobreza evangélica y la gran confianza en la Providencia, deben siempre acompañar sus esfuerzos por el bien de la Provincia y de los pobres.

Al finalizar este encuentro, todas las participantes tuvieron la posibilidad de visitar varias casas de la Provincia y ver sus obras. Durante el peregrinaje al santuario de Brezje, confiaron a la Virgen Maria, Auxilio de los cristianos, toda la Compañía y su misión específica en favor de las Hermanas y de todos aquellos que les están confiados. (Sor Cveta JOST, *Corresponsal de los Ecos*).

Agradecimiento del Servicio de los Archivos (Casa Madre)

Sor Claire Herrmann y las Hermanas que colaboran en el Servicio de los Archivos, llenas de admiración y emoción ante el trabajo “Patrimonio” realizado en las Provincias, agradecen la búsqueda minuciosa y las riquezas descubiertas en los envíos.

Con ocasión del Encuentro de Visitadoras en mayo de 2006, todas las Provincias se beneficiarán de estas realizaciones y compartirán lo que el Señor ha permitido realizar con el don total a Dios y a los Pobres en nuestro mundo.

Santa Catalina,
la pasión por Dios y por los pobres.

Introducción

Los santos son unos motores para nuestra vida cristiana. Si no son modelos a imitar, son “inspiradores” que pueden animarnos. Sus ejemplos nos impulsan siempre. El Mensaje de la ‘Rue du Bac’ no sería lo que es, si no pudiéramos hacer referencia al primer testigo. El Mensaje está enraizado en la fidelidad de una persona viva.

Una relectura de las etapas importantes de la vida de Catalina, a la luz del Evangelio, nos invita a entrar en su “interior”, para revivir lo que ella vivió y entrar en la dinámica de su vida, movida por el Espíritu de Dios. Aunque la vida de santa Catalina es personal y, por tanto, única, esta meditación podrá, tal vez, invitarnos a descubrir en nosotras y en torno a nosotras los caminos del Espíritu, a encontrarLo tanto en las alegrías como en los acontecimientos más difíciles, incluso en los dolorosos.

En un primer momento, seguiremos a Catalina, día tras día, en Fain-les-Moutiers. En un segundo tiempo, nos detendremos en el período más difícil de su primera estancia en Châtillon-sur-Seine y en París. Por último, contemplaremos su vida de Hija de la Caridad en la ‘rue du Bac’, y después en Reuilly.

I - LA VIDA EN FAIN-LES-MOUTIERS

EL MARCO

La infancia de Catalina Labouré transcurre en un marco sencillo, ordinario. Forma parte de esas personas rurales de « nuestro país ». Posiblemente, no nos hubiéramos fijado en ella si nos la hubiéramos cruzado por la calle. Con sus 200 habitantes, el pueblo de Fain-les-Moutiers, situado en la región de Borgoña, es aún menos importante que lo fuera Nazaret en la comarca de Galilea. Al escoger a esta joven

campesina, desconocida según el mundo, en un pueblo sin gloria, el Señor muestra, una vez más, que es su obra y no la de los hombres. Las palabras de san Pablo se aplican admirablemente en Fain-les-Moutiers: *“Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte”* (1 Cor 1,27).

LA FAMILIA

La familia Labouré es una familia de agricultores, católicos practicantes. En 1793, Pierre se casa con Madeleine Gontard. Sobrevivirán 10 de los hijos que tuvieron. Madeleine, anteriormente maestra, se convierte en granjera por su matrimonio. Los padres viven felices aunque hay que trabajar duro para hacer que marche la granja. El 2 de mayo de 1806 nace Catalina. Es la 8ª de la familia. Sus grandes ojos azul cielo, muestran ya la pureza de su corazón. Estos mismos ojos, verán, un día, brillar la luz de Dios, luz que toca los corazones.

Jesús crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría (Lc 2,40).

Catalina vive nueve años de felicidad tranquila entre sus hermanos y hermanas y unos padres que se quieren. Quiere a sus padres y pronto aprende el sentido del compartir con sus hermanos y hermanas. La oración en familia termina la jornada. De ese hogar, Catalina saca fuerza, equilibrio, gozo y una buena salud psicológica. Es una niña alegre, sensible, robusta y trabajadora. Tiene ya una fuerte voluntad y hasta cierta obstinación. Sus padres le enseñan unos grandes valores: la rectitud, el respeto a los demás, el amor al trabajo bien hecho. En contacto con la naturaleza, Catalina descubre espontáneamente las cosas de la vida. Se llena de admiración ante la belleza de las flores, de los árboles... Le gusta la variedad de la vida y sus fantasías. La niña es sensible a este mundo de colores de todos los matices que expresan la belleza. En el frescor de su corazón, percibe cierta visión del mundo, del hombre, de la vida: la creación, Dios se la ha dado a los hombres con la responsabilidad de que la hagan fructificar. Catalina aprende a captar un detalle y a ver, en él, el sentido del conjunto. Este contacto con la naturaleza hace de ella una niña de mirada clara, de espíritu concreto y práctico, con un buen sentido innato que la caracterizará toda su vida.

EL LUTO

Jesús se estremeció en espíritu y se conmovió...Jesús lloró. (Jn 11, 33-35).

En la casa de los Labouré, el tiempo transcurre sosegadamente, aunque la vida en la granja es austera. Sin embargo, en octubre de 1815, comienzan las pruebas que van a hacer bascular la vida de Catalina en los rigores de la vida. La hermosa intimidad familiar, tan enriquecedora, va a terminar. La mamá, agotada por los trabajos de la granja, muere a los 46 años. Amigos y vecinos del pueblo acuden a la habitación de la difunta. Compadecen particularmente a los tres pequeños: Catalina (9 años), Tonine (7 años) y Auguste (5 años), inválido, accidentado hacía poco tiempo. Catalina llora. Conoce el dolor y el desasosiego. ¡Quería tanto a su mamá y ahora, ya no está allí! ¿Quién la va a remplazar? Sus ojos se fijan en una estatua de la Virgen María, colocada sobre un mueble de la sala. Pensando que estaba sola, Catalina, llorando a lágrima viva, se sube a una silla y abraza la estatua: “¡A ti te escojo por madre!”.

Jesús dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (Jn 19,27).

Esta herida causada por la partida tan rápida de su madre, en vez de replegarla sobre sí misma, la lleva a un profundo diálogo de corazón a corazón con María, que progresivamente la va a reconfortar y va a disipar poco a poco la capa de niebla. María, también, sufrió al pie de la cruz. Sin embargo, después de la muerte de su hijo, permanece valientemente de pie para sostener a Juan y a los demás discípulos. En la Cruz, los reconforta, los anima, los pacifica. Así, María va a ayudar a Catalina, no a lamentarse, sino a pensar primero en su papá, en sus hermanos y hermanas que sufren ellos también, por esta muerte. A partir de ese día, Catalina está más atenta hacia ellos, como lo estará con todos los que se verán afectados por el sufrimiento y el luto. Esta situación dolorosa va a ser, para ella, una ocasión de crecer en la fe y la confianza. Dios la hará salir paulatinamente de la oscuridad de la tristeza y recobrar la luz del amor. Esta experiencia de pasar de “la noche” a “la luz”, la revivirá, de manera espiritual, un 18 de julio de 1830, cuando se levante en plena noche para ir al encuentro de la Santísima Virgen, que la esperaba.

La muerte de la mamá ocasiona también un cambio de vida para Maria Luisa, la hermana mayor, que debe dejar el internado de Langres para sustituir a la madre en la granja y convertirse en ama de casa. Para que esta tarea de Maria Luisa sea menos pesada, el padre decide enviar a Catalina y Tonine a casa de una de sus tías, Margarita, que tiene un comercio de vinagre a 9 Kms. de allí, en Saint-Rémy.

DOS AÑOS DE EXILIO

Padre, si quieres aparta de mí este cáliz... pero no se haga mi voluntad sino la tuya (Lc 22,42).

En aquel otoño de 1815, Catalina deja la casa paterna, y se siente doblemente huérfana. La gran casa de tía Margarita está animada con sus seis hijos de 10 a 18 años, todos mayores que Catalina y Tonine. Pero, con su negocio, la tía Margarita no tiene tiempo para ocuparse de las dos niñas y las confía, a menudo, a la sirvienta de la casa. Catalina le ayuda mucho y confirma su aplicación en el trabajo a realizar; sin embargo, echa de menos a su papá al que quiere y admira. Su padre es un modelo para ella. Tiene necesidad de su afecto y de su confianza.

Pasan dos años en Saint-Rémy, durante los cuales Catalina continúa aprendiendo, con María, a asumir, día a día, cierta soledad interior. Como un hijo junto a su madre, gusta de rezarle el rosario y le habla de su recorrido interior. La Madre de Jesús se convierte en su compañera de vida en su existir cotidiano. Y como, en todas partes donde se encuentra María, está el Corazón de Dios, Catalina se hace más sensible para escuchar la palabra interior y desea cada vez más, responderle. Su corazón y su voluntad están ya orientados hacia el Señor. Quiere vivir como verdadera hija de Dios y encontrarlo en la Eucaristía. Su primera Comunión se fijó para el 25 de enero de 1818, en Moutiers-Saint-Jean, aldea situada a media legua de Fain, en la parroquia a la que pertenecía este pueblo. La coincidencia de la fecha de su primera Comunión con la del aniversario de la fundación de la Congregación de la Misión ¿no era para Catalina un guiño de san Vicente? Ella no lo puede comprender porque no lo conocía aún.

LA PRIMERA COMUNIÓN

Como el Padre me amó yo os he amado: permaneced en mi amor (Jn 15,9).

Después de dos años de separación, Catalina vuelve a la casa paterna. Su regreso es una doble fiesta: alegría de encontrar a su papá y regocijo de recibir por primera vez a Jesús en la Eucaristía. Esta doble experiencia le hace sentir cómo el Corazón de Dios es un hogar ardiente de amor que la colma de una gran felicidad. De la misma forma que, en el momento de la muerte de su mamá, María la ayudó a descentrarse de sí misma para ocuparse de su familia, Jesús, en la Eucaristía, va a ser el centro de su vida y de su trabajo. Tonine adivina el secreto de su hermana. Percibe que Catalina se vuelve “*toda mística desde su primera comunión*”, como dirá ella.

EL APRENDIZAJE EN LA VIDA DE LA GRANJA

María Luisa, inicia a Catalina en los trabajos domésticos. Constata cómo ésta ha salido ya de la infancia y ha adquirido una gran resistencia física, desarrollada, sin duda, por todo lo que ha precedido. Reconoce también su grandeza de alma que la preparara a superarse a sí misma. Un día, María Luisa le confía que, si no hubiera muerto su madre, ella hubiera sido Hija de la Caridad. Mirando a Tonine, Catalina se siente capaz de responderle: *“Entre las dos, llevaremos la casa”*. Gracias a su fuerte determinación, su hermana pudo pensar en dejar la granja paterna para seguir su vocación. Así, a la edad de 12 años, Catalina se convierte en la primera colaboradora de su padre. Tiene una relación muy estrecha con él, una colaboración cotidiana. Lo estima mucho y sigue sus consejos.

COMO LA VIDA EN NAZARET: UN TRABAJO BIEN HECHO

Catalina dirige las tareas domésticas y distribuye a cada uno su labor. En esa época, el trabajo de granjera es difícil. Sobrecargada de ocupaciones, trabaja sin prisa, pero sin descanso. Da pruebas de un verdadero sentido de la organización. Ante los problemas concretos, toma decisiones. El destino le permite fortalecer su temperamento trabajador y su resistencia para dominar el cansancio. En esta vida de trabajo, hecha de esfuerzos diarios, desarrolla el equilibrio de cuerpo y de espíritu y el dominio de sí misma. Hay que imaginar la monotonía de aquellas largas jornadas para comprender mejor el amor sin límites que invade el corazón de Catalina y que se encarna, con paciencia y valentía, en unas tareas muy humildes.

El marco de Fain-les-Moutiers nos recuerda el de Nazaret, pequeña localidad cuya población es también muy sencilla, campesina. Allí pasó Jesús 30 años sin hacer otra cosa que lo que tenía que hacer de la mañana a la noche, en *“hacer las cosas ordinarias extraordinariamente bien”*, como decía Péguy. Así como Dios puso su amor en el corazón de la Virgen María para vivir lo que ella tenía que vivir en la casa de Nazaret, puso también en el de Catalina la fuerza para ayudarle a asumir su función de ama de casa. Así, asegura el papel de madre de familia al lado de Tonine y de su hermanito disminuido, a quienes muestra un cariño tierno y exigente a la vez. Podemos imaginar que Catalina viviera algunos pequeños enfrentamientos con su padre o sus hermanos y hermanas, teniendo en cuenta el temperamento de cada uno. Pero, más allá de las divergencias, Catalina se esfuerza por hacer lo que Dios espera de ella, en el seno de la familia que Él le ha dado.

Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve (Lc 22,27).

Como ama y sirvienta, Catalina es la primera de la casa en levantarse. Se da por entero más que nadie y cuida de que no falte nada. Sus jornadas transcurren entre los quehaceres domésticos, la preparación de la comida, el cuidado de los animales... Catalina ordeña las vacas, reparte el forraje y lleva el rebaño al abrevadero municipal. Da de comer a los cerdos y a las gallinas. Todas las semanas hace la costura, la colada, amasa la harina y calienta el horno. Ejerce una autoridad sobre los jornaleros, incluidos los hombres. El jueves, es día de mercado en Montbard (a 15 kms). Tanto y tantas otras cosas previstas o imprevistas, como la enfermedad de los animales y de las plantas, las intemperies, los accidentes, hacen que la vida de esta joven granjera sea dura y, a veces, difícil. A pesar de estas múltiples ocupaciones, Catalina está a la altura sin perder la justa noción de las cosas. Como campesina, sabe esperar a que madure un campo, trabajando en otro, para recoger cada fruto a su tiempo.

¿No es éste el hijo del carpintero?... ¿De dónde le viene todo eso? (Mt 13,56).

Nos podemos preguntar ¿de dónde le viene esta capacidad para dominar una tarea tan abrumadora? ¿De la naturaleza o de Dios? Indudablemente, después del vacío del exilio en Saint Rémy, a Catalina le gusta la granja paterna y sus numerosas tareas que a ella le incumben. Es también generosa y valiente, por naturaleza. Pero tiene, sobre todo, un sentido interior profundo de Dios y es la oración la que le ayuda a superar el exceso de trabajo o de preocupaciones.

María de Betania, la hermana de Marta, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra (Lc 10,39).

En efecto, Catalina va cada día a la iglesia de Fain y reza detenidamente sobre las losas frías. Para ella, la fe, no son palabras sino muchas personas vivas, familiares, en las que se piensan, a quienes se habla y nos hablan. Aunque el sagrario de la iglesia está vacío, encuentra la presencia del Señor en el fondo de su corazón. Por eso experimenta sin cesar la necesidad de sumergirse en ella de nuevo. Su oración da sentido a todo lo demás.

Sucedió que por aquellos días se fue al monte a orar (Lc 6,12).

Para la misa de domingo, Catalina va con frecuencia a Moutiers-Saint Jean y, a veces, vuelve para la misa de la semana. ¡Desea tanto encontrar a Nuestro Señor en la Eucaristía! ¡Es Él quien le da paz y fuerza para la jornada! Nada le detiene en su

entusiasmo. Catalina se levanta temprano, sale antes del alba y camina alrededor de 3 kms. Hay que tener valor para ponerse así en camino, sobre todo en invierno.

En esos días se levantó María y fue de prisa a una ciudad en la región montañosa (Lc 1,39).

Es bueno contemplar a Catalina en el camino de Moutiers-Saint-Jean. Camina ligera, porque es joven, pero, al mismo tiempo, va recogida. Esta larga marcha, en silencio, le ayuda a concentrar sus facultades para buscar activamente a su Dios. Llena de confianza en la Madre de Jesús, podemos, a través de esta joven, contemplar sutilmente el misterio silencioso de María de Nazaret. Sobre María, no se cuenta prácticamente nada, salvo su actitud fundamental de apertura y disponibilidad para escuchar la Palabra.

En el camino de regreso, Catalina prepara su jornada con Dios a fin de llevar Su amor a los que trabajan en la granja, a los vecinos y a la gente del pueblo y para saber reconocer en sus rasgos el rostro de Jesús. Sus jornadas comienzan a ser lugares de comunión con la vida de Dios y con la vida de los hombres. A lo largo de las horas, Catalina prolonga su encuentro con Cristo mediante actos de la presencia de Dios, que no molestarán en nada sus actividades diarias. Su corazón se convierte como en un sagrario en el que se retira, de vez en cuando, para conversar con Él, pedirle su gracia, ofrecerle un trabajo, una pena, darle gracias... De todo esto, nadie ve nada.

Esta vida espiritual sorprendente, muy profunda, aunque muy sencilla en su expresión, la hace acogedora y disponible. Hace falta mucho tiempo y mucho trabajo sobre sí misma para adquirir esta práctica. Pero desde su infancia, Catalina está en contacto con Dios regularmente, diariamente, un tiempo suficientemente largo como para que Él pueda transformarla progresivamente e iluminarla. Ya no se trata para Catalina, de hacer su propia voluntad, sino la de Dios. Sus capacidades de escucha y de interioridad le hacen mirar con una mirada de fe las personas y los acontecimientos. No actúa ya solamente con sus facultades humanas, por muy desarrolladas que sean, sino con la gracia de Dios y los dones del Espíritu Santo. Unifica estas diferentes actividades en una sola: servir a Dios por amor. A los 13 años, Catalina es tan “contemplativa” como “ama de casa”.

“¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc 2, 49)

Catalina sigue adquiriendo una madurez espiritual personal, dejándose invadir, unificar, dominar, por la gracia, y respondiendo a ella generosamente. A los 14 años,

decide de ayunar, en secreto, los viernes y sábados. El ayuno no es para ella la búsqueda de una proeza, es un asunto entre Dios y ella. En esto encuentra energía y fuerza. Su hermana Tonine se da cuenta y se lo dice a su padre. Así como María y José no comprendieron la decisión de Jesús que se quedó en el Templo a la edad de 12 años, el padre de Catalina no comprende tampoco la decisión de su hija. Pero como el trabajo en la granja está asegurado, no se interpone. Sin embargo, como María y José, que debieron consentir, aquel día, en perder a “su” Jesús, el que “les” pertenecía,... el padre de Catalina, tan orgulloso de su primera colaboradora, no puede dejar de temer que perderá un día a “su” hija preferida; su fervor y sensatez le preocupan seriamente en ese sentido. Para Catalina, esta decisión no es una ruptura, ¡muy al contrario! En Fain, la vida continúa como de costumbre. Catalina se apresura en el trabajo de la granja con brío y energía, pero afirma, a su manera, que ella pertenece a Dios, que Dios solo tiene derecho sobre ella.

El Ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: "José, no temas recibir a María tu mujer" (Mt 1,20).

Catalina sabe que el ayuno preferido por Dios, es: *“compartir tu pan con el hambriento, vestir al que no tiene ropa, dar la libertad a los oprimidos”* (Is 58,6-7). Poco tiempo después, Catalina confía a Tonine su proyecto de vida: Dios la llama a seguirle más de cerca, pero no sabe ni dónde ni cómo. Y he aquí que una noche, tiene un sueño extraño, uno de esos que en el Evangelio se llama “un sueño” y cuyo significado no comprenderá hasta más tarde. *« Estaba rezando en la iglesia de Fain. Y un anciano sacerdote con una birreta negra avanza hacia el altar y comienza a celebrar la misa. Su mirada me fascinaba. Al final de la misa, me hace una señal para que me acercara. Tuve miedo. Me alejé retrocediendo hacia atrás, sin poder desprenderme de su mirada. Al salir de la iglesia, fui a visitar a una enferma. El anciano sacerdote me encuentra de nuevo y me dice: “Hija mía, está bien cuidar a los enfermos. Ahora huyes de mí, pero un día estarás contenta de venir conmigo. Dios tiene sus designios sobre ti. No lo olvides’ »*

Aquí Catalina se despierta. La aurora se eleva sobre la casa. Sólo era un sueño. Pero ¿qué quiere decir? Catalina no comprende nada. Continúa su trabajo en la granja. Reflexiona y piensa cada más en el futuro. Hace proyectos pero le dicen que para entrar con las Hermanas, es preciso al menos, saber leer y escribir. Es, por tanto, el momento de aprender bien el francés, la escritura y el cálculo por escrito.

EL TIEMPO DE LA ESCOLARIDAD

Catalina tiene 18 años. Antoinette Gontard, prima carnal por parte de su madre, propone llevársela para instruirla en su internado de Châtillon-sur-Seine. Tonine tiene 16 años. Es bastante fuerte como para asumir las tareas de la casa. El padre, a pesar de sus reticencias, acepta, pues reconoce que sus primeros hijos han recibido una buena instrucción, pero no así los últimos, debido a la muerte de su madre. En 1824, Catalina va a Châtillon-sur-Seine para seguir su escolaridad. Comienza entonces, para ella, un período de desorientación, al tener que abandonar el entorno familiar. (*Continuará*)

Sor Anne PRÉVOST
Hija de la Caridad

*Santa María,
Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera Luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así
en fuente de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús.
Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros podamos
llegar a ser capaces de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.*

*Dios es Amor,
Primera Encíclica de Benedicto XVI*
